

V a r i a

REPRESENTACION DE UN JINETE EN LAS PINTURAS RUPESTRES DEL "CINGLE DE LA GASULLA" (CASTELLON).

A causa de los problemas que plantea, deseamos dar a conocer aquí, una singular representación de jinete que se encuentra en la Gasulla (Castellón), presentándola él como breve avance de nuestra obra en prensa sobre dichas pinturas¹.

J. Porcar en su primera publicación, cuando todavía no había sentido la influencia científica de Obermaier y Breuil, citó en la Gasulla "tres jinetes con sus caballos" y "un jinete barbudo montado sobre un caballito



FIG. 1. *Calco a tamaño natural del jinete del abrigo X del Cingle de la Gasulla.*

¹ E. RIPOLL PERELLÓ: *Las pinturas rupestres del Cingle de la Gasulla (Castellón)*. Instituto de Prehistoria y Arqueología de la Diputación Provincial de Barcelona, Monografías de Arte Rupestre, Arte Levantino, n.º 2, Barcelona, 1963 (en prensa).

joven que va al trote garbosamente, arrastrando la larga cola"². Este último es, sin duda, el jinete del abrigo X. En cuanto a los otros tres, podemos identificar dos con las figuras 13 y 14 del abrigo VIII y 35 y 36 del abrigo X, que nosotros interpretamos como superposiciones. No hemos podido identificar el tercero.

Indudablemente la figura del abrigo X plantea el problema de la existencia de caballerías montadas hacia la fase final del Arte Levantino, con todas las implicaciones de carácter cronológico y de atribución cultural que ello implica. Es bien sabido que la domesticación del caballo tuvo lugar en la estepa pónica, quizá en la región de Shah Tepe, a orillas del Caspio, alrededor del 3500 a. de J. C., utilizándose primero como alimento, después para transportar trineos, carromatos y carros de combate —que habían utilizado los sumerios, pero tirados por onagros— y, por último, después del 3000 como montura³. En Hissar III b (un poco antes del 2000 a. de J. C.) fue encontrado un cráneo de caballo indudablemente domesticado. Su papel histórico se afirma un poco después, cuando, hacia el 1900, llegan al Asia Menor a través del Cáucaso los hititas con su caballería. Y hacia la misma época debió llegar el Oriente Próximo, la aristocracia montada que aglomeró el pueblo llamado casita, y seguramente estaba emparentada con los hititas⁴.

Los testimonios de la existencia de jinetes se hacen abundantes hacia finales del segundo milenio. Por ejemplo, un relieve hurrita, procedente de Tell-Halaf, de los siglos XV o XIV a. de J. C., que representa un guerrero montado. Un sello casita de Luristán, del siglo XIII, parece mostrar un guerrero montado en forma fantástica. Unos cascos micénicos de Ras Shamra (Ugarit), de los siglos XIV o XIII, presentan unos jinetes en formación. En el siglo XI, Nebucadnezar I de Babilonia habla de caballos de silla. Todo parece coincidir en que la equitación como cosa habitual se trasplantó de la estepa pónica al Próximo Oriente y aquí se hizo popular

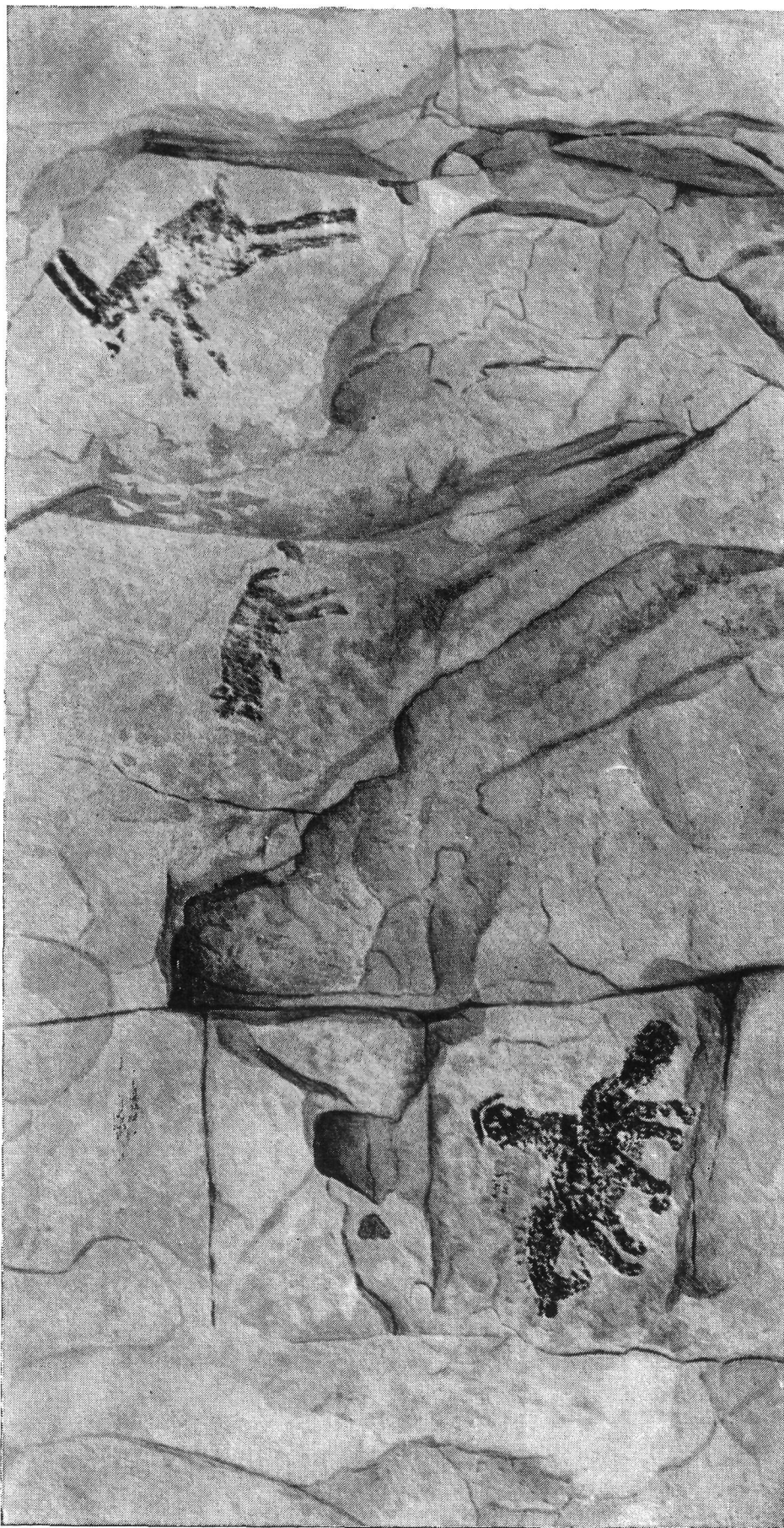
² PORCAR: *Pintures rupestres al barranc de Gasulla*, en "Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura", t. XV, 1934, pág. 346. Posteriormente Porcar ha querido separar esta figura de su contexto y para explicar su aire moderno la ha atribuido a pastores de los que durante milenios han frecuentado aquellos parajes o a los pobladores del llamado poblado argárico cercano a la fuente de la Castella: PORCAR: *Interpretaciones y sugerencias en torno a las pinturas rupestres del abrigo décimo del "Cingle de Mola Remigia"*, en "Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura", t. XXV, 1949, pág. 643; PORCAR: *Algunas pinturas del arte rupestre levantino atribuidas al periodo eneolítico*, en "Crónica del I Congreso Nacional de Arqueología y del V Congreso Arqueológico del Sudeste, Almería, 1949", Cartagena, 1950, págs. 53-57, láms. VII-IX.

³ Como trabajo general véase FRANZ HANCAR: *Das Pferd in prähistorischer und früher historischer Zeit*, Viena-Munich, 1955. El punto más delicado del problema es el de los comienzos de la domesticación. Recientemente ha sido expuesta la verosímil teoría de que fue obra de nómadas alrededor de cuyos campamentos se reunían caballos salvajes durante la noche; J. HUPPERTZ: *Untersuchungen über die Anfänge der Haustierzucht unter besonderer Berücksichtigung der Pferdezucht*, en "Anthropos", t. 56, 1961.

⁴ M. E. L. MALLOWAN: *The Birth of Written history*, en STUART PIGGOTT: *The Dawn of Civilization*, Londres, 1961, pág. 96.



Fotografía directa del jinete del abrigo X del Cingle.



Copia del jinete del abrigo X, con su contexto pictórico.

hacia el siglo XIV a. de J. C., estendiéndose después de nuevo a través de la zona montañosa hacia las estepas⁵.

Como vemos la cronología que de estos datos se deduce no concuerda con la ahora generalmente admitida para el arte levantino —postcuaternaria: mesolítico, neolítico—, ni aún para sus más recientes fases⁶. ¿Habrá que admitir la presencia de caballos montados en Occidente en un momento contemporáneo al de su aparición en Oriente? O, por el contrario, ¿tendremos que alargar la duración del Arte Levantino hasta finales de la Edad del Bronce y hacerlo sincrónico del desarrollo del Arte Esquemático? La necesidad, preconizada por Francisco Jordá y por nosotros, de rebajar aún más la cronología del Arte Levantino, se hace aquí patente. Es posible que los últimos pintores de nuestros abrigos levantinos vieran en las llanuras costeras a los primeros representantes de los pueblos colonizadores, de los que deben haber quedado pocos o casi ningún testimonio arqueológico, y que los representaran en sus frisos pictóricos. Recordemos que así fue como los bosquimanos del siglo XIX vieron y pintaron a los boers y a los ingleses, y como los pintores de la Patagonia fijaron en sus abrigos la imagen de los conquistadores españoles.

E. RIPOLL PERELLÓ

⁵ HANCAR: *Das Pferd*, citado.

⁶ Esta figura fue incorporada en fecha reciente por M. ALMAGRO, en la polémica sobre la edad postcuaternaria del arte levantino. Así vemos que no se cita en sus trabajos titulados *La cronología del arte levantino de España*, en "Crónica del VI Congreso Arqueológico del Sudeste, Alcoy 1950", Cartagena, 1952, págs. 67-80 y en "C. I. S. P. P., Actes de la III^o Session, Zurich 1950", Zurich, 1953, págs. 142-149 y tampoco en su conocida monografía sobre el abrigo pintado de Coque; en cambio figura en M. ALMAGRO BASCH: *Cronología del arte rupestre mesolítico*, en "Atti del VI Congresso Internazionale delle Scienze Preistoriche e Protostoriche, I, Relazioni Generali", Florencia, 1962, págs. 319-328. Este mismo autor ha sido el primero en publicar una fotografía de la representación aquí estudiada: MARTÍN ALMAGRO BASCH: *Prehistoria*, Madrid, 1960, pág. 348 y fig. 402. Una fotografía nuestra fue publicada por MIQUEL TARRADELL: *Historia dels Catalans*, t. I, Barcelona, 1962.

LE VILAGE ET LA SEPULTURE CHASSÉENS DE VILLENEUVE-TOLOSANE (HAUTE-GARONNE-FRANCE)

Le village actuel de Villeneuve-Tolosane se dresse, 12 km. à l'Ouest de Toulouse, au sommet du talus interne de la terrasse alluviale de 30 m. de la Garonne et sur la rive gauche de ce fleuve. De là, on domine la nappe alluviale de 8-10 m., en même temps que l'on jouit d'une vue étendue tant sur la vallée que sur la chaîne des Pyrénées.

En ces lieux, existe un vaste dépôt de limons (probablement éoliens), fertiles et d'un travail aisé, reposant sur les strates de galets de la terrasse recouvrant, elles mêmes, le substratum mollassique. A mi-hauteur du talus séparatif des deux niveaux d'alluvions, le contact des galets et de la mollase est jalonné par une série de sources abondantes.

En fin, environ 500 m. à l'aval du village actuel, un ruisseau perpendiculaire au talus séparatif des deux terrasses, a entaillé profondément ce talus, formant avec lui un angle droit dont il suffisait de réunir les deux côtés par un fossé suivant l'hypoténuse, pour obtenir à peu de frais un excellent site défensif.

En somme, toutes les conditions se trouvaient réunies pour l'installation favorable d'une population agricole primitive.

C'est entre le village actuel et le ruisseau, mais dans la zone la plus proche de ce dernier, qu'en 1944, je découvris un dépotoir romain, puis, en 1945, avec M. Reynold BARBIER, une riche station néolithique de surface où un gros outillage de quartzite (haches polies ou taillées, couteaux, navettes, pesons de filets, meules, percuteurs, hache-marteau, galets écaillés en bout, etc.), voisinait avec une fine industrie de silex.

En 1951, un heureux hasard me révéla l'existence, en place dans le sous-sol de cette même station, et sur une surface d'environ 15 hectares, de très nombreux fonds de cabanes dont il subsistait, pour chacun, une aire circulaire (Fig. 1) variant entre 1,80 et 1,25 de diamètres, formée de galets roulés, disposés sans ordre, concassés préalablement au feu, épaisse de 0,10. Dix de ces aires ont été fouillées à ce jour. Leur destination devait être fonction de leurs dimensions: habitations, greniers, étables, etc. Sur ces aires de galets ont été récoltés de tout petits silex, parfois fort beaux, comprenant des flèches tranchantes à retouches envahissantes, d'autres à pédocule sans ailerons, et de nombreux fragments de poteries à panse carénée, cordons multiformes et anses en flûte de Pan sous-cutanées, cuillère, etc., parfois décorées à en juger d'après les traces d'incisions relevées sur quelques tessons en dépit de leur desquamation.

Il s'agit là d'une très vaste agglomération chasséenne dont l'étendue dans l'espace permet d'augurer une longue durée dans le temps et, partant, une évolution de la civilisation qui l'a engendrée. Les fouilles se poursuivent.

Le 21 Janvier 1960, dans une coupe de terrain établie pendant la guerre

par les troupes allemandes d'occupation dans le talus séparatif des deux nappes alluviales, la vue d'une vertèbre humaine en place me conduisit à la découverte d'une sépulture remarquable. Celle-ci, enlevée dans son bloc de terre, fut transportée au Dépôt Régional des Fouilles où elle put faire l'objet, à tête reposée, d'une fouille minutieuse.

Il s'agit d'une tombe individuelle, en pleine terre, sans appareil de sépulture, même souterrain, actuellement visible. Le cadavre, celui d'une jeune femme, orienté S.O.-NE., y avait été couché sur le flanc gauche et en position repliée, les genoux formant un angle droit avec le buste et le talons ramenés au contact du coccyx. Les bras étaient collés au corps, tandis que les avant-bras repliés portaient les mains à hauteur du visage. Après l'inhumation, sous l'action du poids des terres, le torse avait basculé et pris la position "à plat ventre".

La défunte portait à son cou un collier dont, en raison de la position du torse qui vient d'être décrite et de notre désir de ne déplacer aucun élément du squelette, il est probable qu'une partie subsiste sous sa poitrine. Il en a été récupéré, à ce jour, trois perles en callaïs et une en calcaire, séparées les unes des autres par de tout petits disques plats en jayet, percés, de 0,002 m. de diamètre et de 0,0001 m. d'épaisseur au nombre d'une cinquantaine. Il y figurait, en plus, une vertèbre de tout jeune enfant, probablement un enfant prédécédé de la défunte qui portait sur elle ce funèbre souvenir.

Une vingtaine de centimètres à l'avant du visage, avait été pieusement disposé le dépôt rituel, destiné à assurer l'existence de la disparue dans sa nouvelle vie.

Tout d'abord, côte à côte et sur un même plan horizontal, sont apparus :

a) Une magnifique coupe intacte en dehors d'une fente résultant d'un coup de feu, à la cuisson. Bien cuite, de couleur brunrouge et de forme hémisphérique, elle a 0,174 m. de diamètre pour 0,60 m. de profondeur. Elle est ornée, à l'intérieur, de deux sillons parallèles soulignant son bord lisse et, dans le fond, d'un cercle de 0,025 de diamètre radié de 50 rayons. A l'extérieur, un mamelon unique, à perforation horizontale, surmonte une paire de "moustaches", —à moins qu'il ne s'agisse de "sourcils", si l'on inverse la pièce—, formées, chacune, de trois traits parallèles dessinant un angle droit ouvert vers l'extérieur (Fig. 2 a et b).

b) Un petit vase globuleux à fond renflé, légèrement aplati, de 0,154 de diamètre et de 0,085 de hauteur, bien cuit, à pâte rougeâtre colorée en noir à l'extérieur; portant à la partie la plus renflée de la panse deux cordons opposés, logs respectivement de 0,103 et de 0,112, tous deux percés de 10 trous individualisés extérieurement par une série de sillons gravés verticaux. Ce vase renfermait un poinçon long de 0,073, fait d'une phalange d'animal fendue en longueur et aiguisée (Fig. 3).

La coupe décorée a), reposait sur une plaquette calcaire rubéfiée, de forme subtriangulaire, longue de 0,165, épaisse de 0,012, qui recouvrait

elle-même le reste du dépôt: une hachette polie, en schiste, longue de 0,054; un poinçon en os long de 0,013; un large lissoir double fait d'un os dédoublé, long de 0,11; une canine de Sanglier, perforée à la base; une lame de silex (0,028) à belle retouche bilatérale, tronquée à ses deux extrémités; une lamelle de silex blond, à l'état brut.

* * *

Est-il besoin de souligner, sur le plan de la Préhistoire générale, le très grand intérêt de la coexistence d'un important village néolithique et d'une tombe contemporaine dont il y a tout lieu de penser qu'elle sera la première d'une nécropole à l'échelle de l'agglomération contigue?

La sépulture elle-même, bien intacte, est, à notre connaissance, la seule dont on puisse, à ce jour, affirmer son appartenance à la civilisation chasséenne. Elle met en pleine lumière l'ensemble des rites funéraires propres à son peuple dont, enfin, un représentant fera l'objet d'une étude anthropologique détaillée. Notons d'ores et déjà le prognathisme extrêmement prononcé de la défunte, comme un caractère négroïde évident. La callais figure au rang des roches déjà utilisées.

Sur le plan de la Préhistoire régionale, l'ensemble des découvertes de Villeneuve-Tolosane marque un tournant brutal dans la connaissance du Néolithique pyrénéen et sous-pyrénéen français. Elles lui ouvrent une voie nouvelle dont la fécondité est évidente. Alors que l'on pensait, jusqu'ici, qu'il n'existait plus de gisements en place dans les alluvions de nos vallées, la preuve est administrée aujourd'hui de la conservation, dans leur sous-sol, des demeures des vivants et de celles des morts; comme aussi du matériel osseux, en plus de l'outillage lithique seul connu jusqu'ici.

Il conviendra désormais de détourner les regards de nos vallées montagnardes et de leurs cavernes que l'on tenait, hier encore, pour la seule source possible d'informations: au Néolithique, comme encore au début du 20^e siècle, leurs populations misérables et isolées constituaient l'arrière-garde, attardée, abâtardie, dégénérée et défigurée des grandes civilisations; elles ne peuvent fournir un reflet exact de la vie du temps. Celle-ci sera révélée dans toute sa plénitude et sa vérité par la reprise en profondeur des nombreuses et riches stations de nos grandes vallées (Aude-Hers; Garonne-Ariège-Salat-Neste; Gaves) qui ont, de tout temps, constitué les grandes voies où passaient, se fixaient, se remplaçaient au rythme le plus rapide, tous les émigrants et tous les novateurs porteurs des civilisations nouvelles et auteurs des révolutions culturelles les plus radicales.

LOUIS MÉROC

Directeur de la Circonscription des Antiquités préhistoriques de Toulouse



FIG. 1. *Aire de galets roulés du fond de cabane n.º 20*
(Diamètre 1,25 m.).

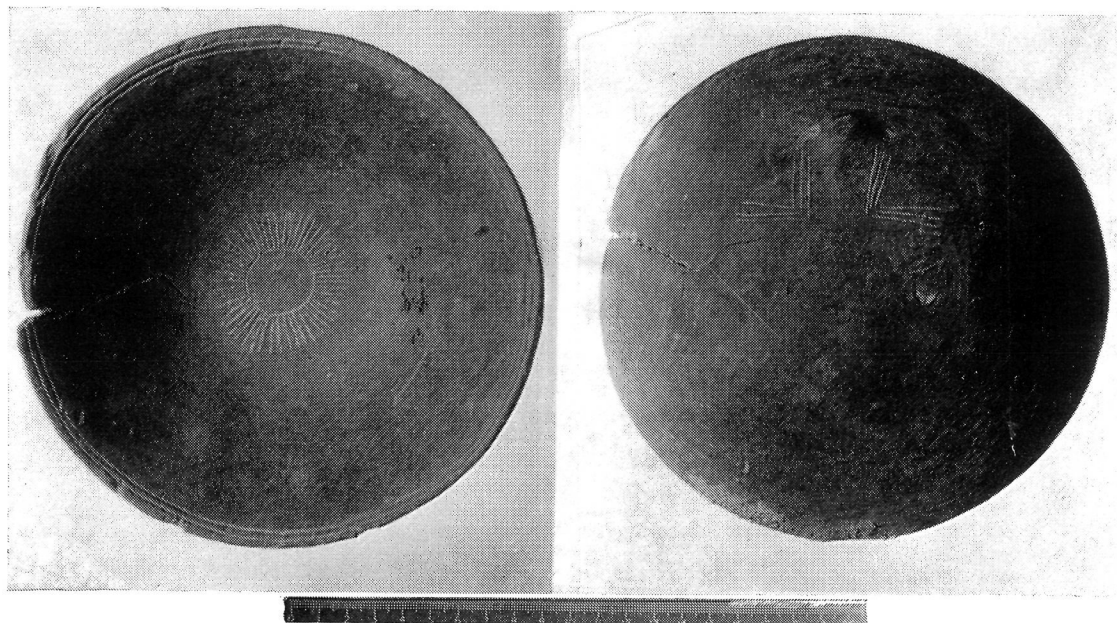


FIG. 2. Coupe ornée de la sépulture chasséenne: a) intérieur à sillons périphériques et cerce radié; b) extérieur à mamelon perforé horizontalement, surmontant un pair de "moustaches".

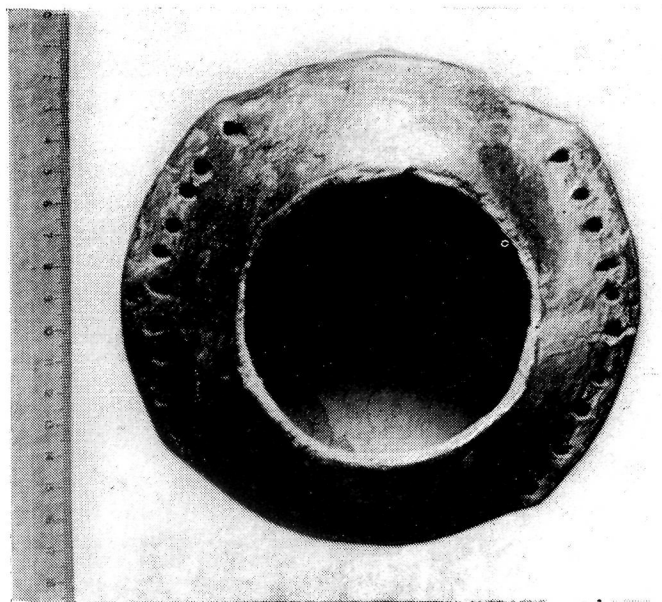


FIG. 3. Le vase à foud renflé et cordous multiforés de la sépulture chasséenne.

TARTESSOS Y LA RIA DE HUELVA

Aunque la hipótesis de la localización de Tartessos en Huelva no sea nueva, creemos que vale la pena insistir sobre algunos puntos de la misma y acaso presentar otros nuevos y no menos dignos de tenerse en cuenta.

La primera cuestión a ponderar es la importancia que como centro minero tuvo esta región del suroeste peninsular; esta importancia se manifiesta con palpable evidencia en el espectáculo que ofrecen sus montañas de escorias, las cuales aun encontrándose en zona de sierra, compiten en altura con los cerros naturales, como dice Rodrigo Caro¹ sin incurrir en exageración.

La utilización en época moderna de las escorias antiguas para diversos fines, ha dado lugar a verdaderas canteras con cortes estratigráficos en los que se pueden observar sucesivas etapas de laboreo. Gonzalo y Tarín distingue una capa que él llama "fenicia" y otra, de metalurgia más perfecta, que se encuentra en la parte superior y que supone de época romana².

Estas escorias plantean a la investigación moderna diversos problemas de difícil solución; el primero, el de su origen. L. U. Salkield, después de numerosos análisis, tanto de las escorias como de los minerales de que provienen, ha confirmado la conclusión a que llegó otro metalúrgico, también de Ríotinto, A. Jager, de que son residuo de una metalurgia de plata, puesto que muestran un contenido de cobre excepcionalmente bajo y al que no podemos pensar que se llegase con procedimientos tan primitivos³.

¹ RODRIGO CARO: *Antigüedades de Sevilla y Chorographia de su Convento Jurídico*, Sevilla 1632, p. 210: "Cercano a estas minas se ven montañas de carbones, y escorias, que hacen competencia en altura con las otras naturales", y p. 66: "Vense (no sin horror) las cenizas, que por muchas leguas no se pisa otra cosa, y levantados a par de los cerros, montes de escorias". En R. RUA FIGUEROA: *Ensayo sobre la Historia de las Minas de Río-Tinto*, Madrid 1852, p. 120, también D. Delgado, comisionado en 1556 por la Corona para visitar las antiguas minas de Zalamea la Vieja, describe los escuriales diciendo: "Ansímesmo, andando en el dicho descubrimiento desta como de otras, vimos muy grandes asientos y edificios de fundiciones y escuriales de las venas y metales que los antiguos labraban y se aprovechaban, los cuales escuriales son tan grandes, que parecen ser muy grandes montañas y cerros: serán estos escuriales que vimos hasta dos leguas en largo y otras dos en ancho, sin más de otros que tuvimos noticia que tenían más de ocho leguas de largo".

² J. GONZALO Y TURÍN: *Memorias de la Comisión del Mapa Geológico de España, Provincia de Huelva*, p. 27.

³ El análisis correspondiente a las escorias de tres estratos perfectamente diferenciados, y no dos, como cita Gonzalo y Tarín, proporciona las siguientes cifras:

| | Inferior | Medio | Superior |
|-------------------|----------|-------|----------|
| Cu % | 0,05 | 0,07 | 0,05 |
| S | 0,82 | 1,12 | 0,36 |
| Pb | 1,51 | 1,88 | 1,21 |
| SiO ₂ | 15,58 | 25,42 | 29,55 |
| Fe | 52,47 | 42,79 | 42,38 |
| BaSO ₄ | 1,42 | 3,42 | 2,67 |

Tenemos, pues, que descartar la idea de que dichas escorias procedan de una metalurgia de cobre y admitir que se han trabajado minerales no cobrizos para la obtención de otros metales, como efectivamente confirma el hecho de que las labores antiguas de Riotinto se localizan en la capa de enriquecimiento secundario, situada entre el mineral y el "gossan" de la montera, de la que se extrajo gran cantidad de jarosita en la que la ausencia de cobre es casi total (de 0,13 a 0,03, según Williams) y la riqueza en plata llega a veces a superar los dos kg. por tonelada⁴. No obstante, en opinión de otros especialistas, esta teoría resulta insatisfactoria para explicar el hecho de que sólo en Riotinto la cantidad de escorias oscile entre los 16 y los 20 millones de toneladas, cifra demasiado grande y que supondría una extracción de plata de proporciones inconcebibles.

El problema se agrava al pensar que las citadas minas de Riotinto no fueron las únicas que se explotaron en la antigüedad en esta región, ya que existen otras —Tharsis, La Zarza, Sotiel-Coronada, Cueva de la Mora, etc.— en las que los trabajos antiguos igualan o incluso superan la magnitud de los de Riotinto.

No es extraño que el panorama de estas fabulosas explotaciones fuese recogido en forma vaga y casi legendaria por los historiadores griegos que nos hablan de un "emporio" riquísimo en las costas de "más allá del Estrecho". Esa leyenda es la que nosotros conocemos vinculada con el nombre de Tartessos.

Para situar, pues, el importante centro de comercio de metales que sin duda alguna debió nacer de la explotación de aquellos yacimientos, conviene, en primer lugar, ver hacia dónde apuntan las vías de comunicación naturales de las minas de esta región del suroeste peninsular, estudio que de ser hecho con la parsimonia necesaria para enfocarlo desde cada mina, resultaría muy extenso y enmarañado; por tanto vamos a referirlo tan sólo a las de Riotinto que son de las más orientales y, en consecuencia, más próximas al río Guadalquivir, en cuyas riberas ha de buscarse, según la opinión comúnmente aceptada, el "emporio" metalúrgico que centraba todas las actividades mineras del mediodía peninsular. (Véase la distribución de explotaciones antiguas en el mapa fig. 1).

Riotinto se halla a unos 80 km. de la costa y el mineral extraído de sus filones podía haber seguido el camino más fácil de los dos que vamos a señalar, para buscar las aguas del Atlántico:

1.º La ruta de 80 km. que une Riotinto con Sevilla —punto del Guadalquivir más próximo a la cuenca minera onubense— a través de continua zona montañosa, para, desde allí, transportarlo a esa isla de la desemboca-

Como se ve, los contenidos de cobre son diez veces más pequeños que los de las escorias procedentes de cualquier fundición moderna que trabaje para la obtención de este metal.

⁴ D. WILLIAMS: *Bull. of I. M. M.*, Londres, abril, 1934, "The Geology of the Rio-Tinto Mines, Spain".

dura del río Tartessos (que en este caso sería el Betis) en que las fuentes sitúan la ciudad.

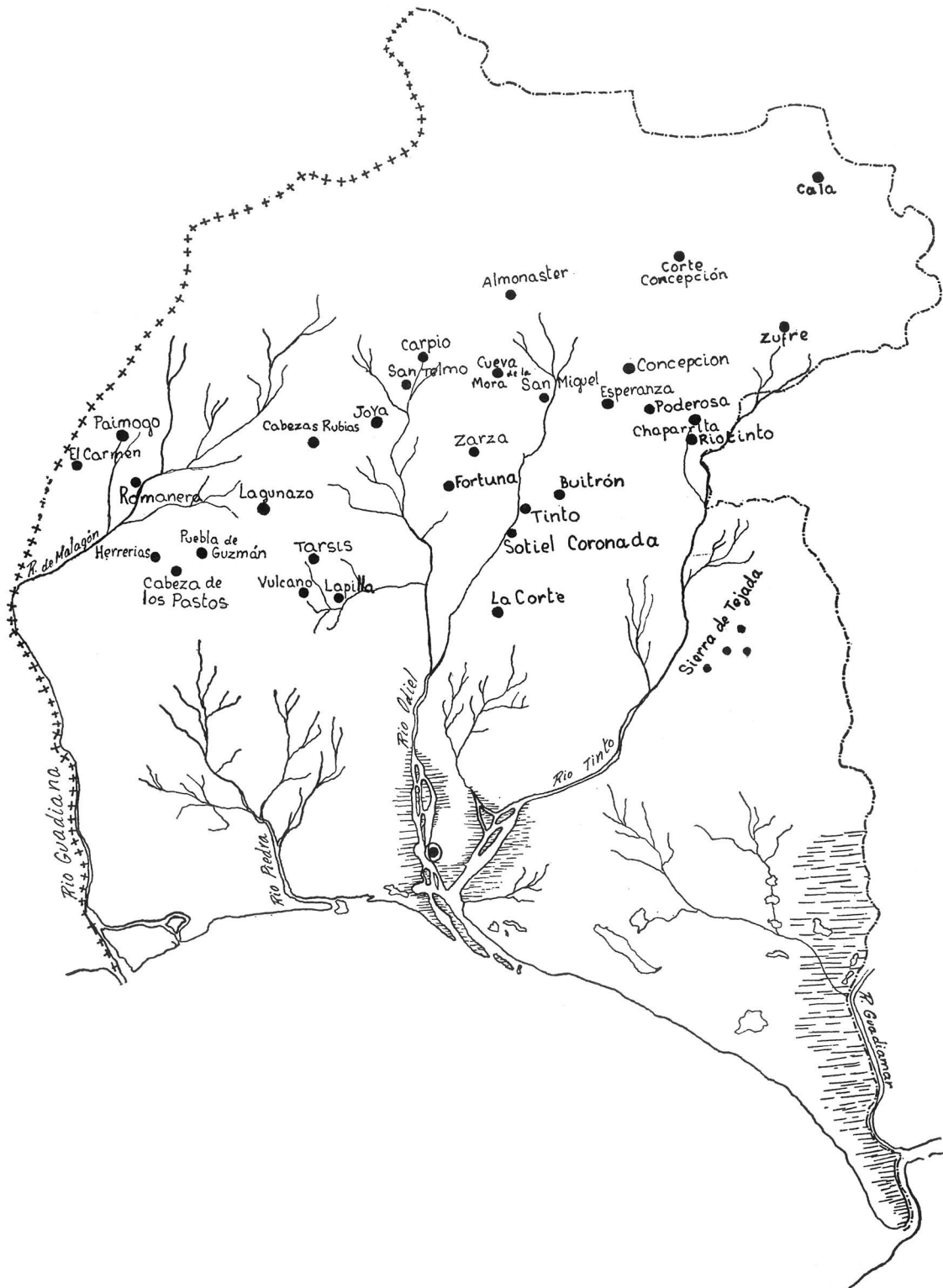


FIG. 1. Principales explotaciones mineras antiguas en la provincia de Huelva.

2.º El camino terrestre de 45 km. que une Riotinto con Niebla desde donde el río era navegable⁵ para iniciar allí una segunda etapa de 28 km. de recorrido fluvial hasta el puerto de Huelva. De esta dos alternativas la más lógica sería sin duda la segunda.

Mirada, pues, la cuestión desde el ángulo de las comunicaciones terrestres y fluviales resulta muchísimo más fácil —la mitad aproximadamente— transportar el mineral desde Riotinto hasta la ría de Huelva que hacia la cuenca baja del Guadalquivir, pues por el norte la sierra de Aracena haría mucho más penoso el transporte y por el sur lo impedirían las dilatadas marismas formadas por el Guadalquivir antes de su desembocadura.

Del examen del recorrido que tuvieron que hacer los minerales de Riotinto para su exportación por Huelva se deduce que son tres los focos interesantes para el panorama arqueológico de la zona: la cuenca minera, punto de partida desde el interior; Niebla, punto medio en que debían confluir las corrientes culturales del interior con las extranjeras; y Huelva, centro de comercio y meta de las navegaciones orientales.

En vista de la lógica de situar Tartessos cerca de Huelva, vamos a tratar de reforzar estas hipótesis con el testimonio de algunas fuentes empezando por un conocido fragmento de Estesícoro cuya interpretación necesita una previa descripción de la zona a que pudiera referirse.

El paisaje de Riotinto está dominado todo él por un cerro: el cerro que llaman de Salomón. Se trata de una inmensa masa de óxido de hierro completamente roja, que siempre, pero especialmente a la salida y puesta del sol, adquiere una enorme belleza capaz de dejar, a causa de su desacostumbrado color rojo, recuerdo imborrable en el visitante. En la base del cerro se halla la zona de minerales ricos en metales preciosos⁶ que explotaron an-

⁵ En Niebla existe un puerto antiguo en la zona denominada hasta hace poco el "desembarcadero". Son también evidentes los testimonios de que el río fue navegable hasta Lucena del Puerto y San Juan del Puerto. Posteriormente un curioso fenómeno que se da en el Tinto, debió de preocupar a los que lo utilizaban como vía de navegación. Se trata del proceso en virtud del cual los arrastres del río quedan petrificados en el fondo, por la propiedad de las sales de hierro, que lleva en sus aguas, de servir de cemento y unir las piedras entre sí, lo cual impide toda clase de dragado.

Rua Figueroa (op. cit., p. 121) recoge el testimonio del P. Delgado, que describe el fenómeno en los siguientes términos: "En todo este río no se halla arena en él, ni cosa suelta, porque todas las piedras que hay están presas y pegadas unas a otras; y si se echa de fuera una piedra, a pocos días está presa al suelo y con las otras".

También Rodrigo Caro hace la observación: "y desde que nace hasta más de legua y media de su fuente, que se mezclan con él otras riberas, corre de color de azigue, o del mismo color, que es un topacio; cuaja las arenas por donde pasa y las hace piedra muy firme" (Rodrigo Caro, op. cit., p. 80 y 207).

Posiblemente en época romana el Tinto no sería navegable hasta Niebla por lo que se hizo sentir la necesidad de trazar una vía hasta la costa o al menos un punto más bajo de la cuenca del río. Así se superó el obstáculo que en otro momento pudo ocasionar la paralización de las explotaciones mineras. Por haberse planteado este mismo problema en nuestros días, la compañía inglesa tuvo que construir un ferrocarril que hiciese llegar los cargamentos de mineral hasta el gigantesco muelle de hierro construido exprofeso en Huelva para su embarque.

⁶ Se trata de las mencionadas vetas de jarosita.

tiguamente las gentes de Ríotinto. Esta explotación dio lugar a kilómetros y kilómetros de intrincados laberintos y galerías⁷ de donde se extrajeron las menas que dieron origen a los inmensos escoriales antes descritos.

Allí, junto al cerro de Salomón, nace, en la cueva del Lago, el río que da nombre a las minas. El manantial lo describe un curioso viajero del s. XVI diciendo: "Ansimesmo fuimos a ver otra cueva, la cual estaba llena de agua, y salía debajo della un río, el cual se dice Rio Tinto"⁸. Igualmente Rua Figueroa llama la atención sobre el peculiar manantial de que brota el río, en los siguientes términos: "Los ríos Tinto y Tintillo tienen su origen visible en trabajos antiguos de remota y desconocida época⁹, como si aquellas aguas comprimidas en el seno de las montañas, esperasen las manos del hombre para brotar eternamente. Sale el primero de la llamada Cueva del Lago (antiguamente de los Murciélagos) y el segundo de la cañería conocida con el nombre de San Dionisio"¹⁰.

Este singular paisaje, difícil de imaginar cuando no se conoce, se ajusta con asombroso rigor al que Estesícoro de Himera sugiere en su descripción de las fuentes del Tartessos, cuna del tricórpore Gerión: *σχεδὸν ἀντιπέρας κλεινᾶς Ἑρυθείας || Ταρτησοῦ ποταμοῦ παρὰ παγὰς ἀπείρονας ἀργυρορίζους, || ἐν κειθμῶνι πέτρας*

(Estesícoro, en Estrabón III, 2, 11).

Avieno refiriéndose también al nacimiento del río habla en los siguientes términos:

[Mons Argentarius]

sic a vetustis dictus ex specie sui.

Stagno iste namque latera plurimo nitet

magisque in auras eminus lucem evomit,

cum sol ab igni celsa perculerit iuga.

(Avieno, O. M. v. 291 ss.).

Aquí debe observarse la cuestión planteada por el hecho de que Avieno¹¹, mencione en sus versos el "estaño", sustancia que viene repetida en diversos autores cuando hablan del río Tartessos. Así, Esteban de Bizancio escribe:

Eustathio, a Dionisio: *τὸν δὲ Ταρτησοῦν κασσίτερον τοῖς ἐκεῖ καταφέρειν ἱστόρηται.*

(Eustathio, a Dionisio, 337 = G. G. M., II, 277)

⁷ Hay que tener presente que trabajaron por el sistema de rapiña de las vetas de alta ley.

⁸ D. DELGADO: en Rua Figueroa, *op. cit.*, p. 120 ss.

⁹ Es interesante recordar que los trabajos a que se refiere iban encaminados a la búsqueda de minerales muy ricos en plata, puesto que veremos a Estesícoro decir que el río Tartessos tiene raíces argénteas y que nace en un escondrijo de la roca, es decir, en una cueva.

¹⁰ RUA FIGUEROA: *op. cit.*, p. 9.

¹¹ AVIENO: O. M., v. 291 ss. y 297.

Finalmente Escimno repite: ποταμόρρυτου κασσίτερον ἐκ τῆς Κελτικῆς.

(Escimno en Eforo, v. 162)

En realidad no hay ningún río de los que son susceptibles de ser identificados con el Tartessos que arrastre en sus aguas estaño. Sin embargo hay uno capaz de llamar la atención al viajero curioso por la peculiar sustancia que lleva en disolución, el Tinto. Evidentemente no es estaño lo que lleva este río, sino una disolución de sulfato férrico (La coloración del río se debe a su peculiar nacimiento “por veneros de caparrosa” —como dice Delgado— y no como pueden creer los que no han visitado las minas, a lavaderos y desagües industriales), pero hay que tener en cuenta que sólo en épocas recientes se han explicado de manera correcta los fenómenos de coloración tanto del río como del monte. Acontece otro tanto en los yacimientos de estaño de Cornualles, donde existe un Red River cerca de Camborne en un paralelismo de paisajes cuya significación no escapará al lector. El Tinto es el único río de la Península que, por la singular sustancia que lleva en sus aguas, justifica las reiteradas alusiones a la misma en los textos de varios escritores antiguos y hace innecesaria la explicación como metáfora del citado estaño.

Visto ya que algunas noticias dadas por los escritores griegos acerca de Tartessos pudieran referirse a esta zona del suroeste, parece oportuno añadir más datos sobre la posible mención de las costas onubenses. Para ello vamos a partir del hecho incuestionable de que un barco de la época podía navegar a razón de unos 50 km. diarios como se desprende por ejemplo de Heródoto cuando dice que el mar Rojo tiene la longitud de cuarenta días de navegación¹². Ratifican también la anterior afirmación los estudios de J. E. Cesariego¹³, que afirma que en el periplo del faraón Necos II la velocidad media fue de 50 a 60 km. diarios; igualmente recoge la noticia del pseudo-Escilax¹⁴ de que la navegación entre Siria y las columnas de Hércules es de 80 días y calcula una media de 56 km. diarios.

La distancia entre Ayamonte y Huelva, equivale, en efecto, a un día de navegación, como sabe muy bien Avieno:

Hic ora late sunt sinus Tartesii.
Dictoque ab amni [Anas] in haec locorum puppibus
via est diei

(Avieno, O. M. v. 265 ss.)

En parecidos términos alude a la misma realidad geográfica Escimno de Chios:

μετὰ ταύτην [Gades] δ' ἐστὶν ἡμερῶν δυοῖν
τελέσαντι πλοῦν, ἐμπόριον εὐτυχέστατον

¹² HERÓDOTO: L. II, 11.

¹³ J. E. CESARIEGO: *Los grandes periplos de la Antigüedad*. Madrid, 1949, p. 33.

¹⁴ J. E. CESARIEGO: *op. cit.*, p. 161.

ἡ λεγομένη Ταρτησσοσ, ἐπιφανῆσ πόλισ,

(ESCIMNO en Eforo, v. 162)

—si bien navegando con rumbo inverso—, cuando nos da la noticia de que desde Gades a Tartessos empleaban las embarcaciones dos jornadas, lo cual en este caso corresponde (siguiendo el litoral) a unos 100 Km., es decir la distancia que separa la ría de Huelva de la isla gaditana. Por el contrario, estas dos noticias se contradicen si se pretende situar Tartessos en una isla de la desembocadura del Guadalquivir, ya que, en tal caso, resulta que las embarcaciones necesitaban doble espacio de tiempo para recorrer el trecho comprendido entre Cádiz y la desembocadura del Betis, que entre este punto y la desembocadura del Anas. La incongruencia se corrige en cambio llevando Tartessos a la ría de Huelva, como más arriba se ha indicado.

Esta identificación del río Tartessos con el actual Tinto —consecuencia de la argumentación expuesta— obliga al desplazamiento del Iberus del Periplo hacia occidente, donde se halla en efecto el río Piedras, que riega una vega abundosa en hortalizas y frutales. De esta forma es fácil comprender que el Periplo diga que fecunda la región:

At Hiberus inde manat amnis et locos
fecundat unda

(Avieno, O. M. v. 248 ss.)

El conocimiento de este hecho hubiera impedido al maestro Schulten identificar el Iberus con el Tinto, pues la virtud de la fecundidad no se puede atribuir en absoluto a este río; de él escribió el P. Delgado cuando exploraba las antiguas minas de Zalamea: “En este río no se cría ningún género de pescado ni cosa viva, ni las gentes las beben ni las alimañas, ni se sirve de esta agua en ninguna cosa”¹⁵. Y también Rodrigo Caro hace hincapié en ello: “y por donde quiera que camina el Tinto, cuaxa las arenas y las vuelve piedra, abrasa las yervas de la orilla, y las raíces de los árboles, y las tiñe de su color”; y en otra parte dice: “no nace en él cosa viva, antes mata las que echan en su agua, siendo pequeñas, porque las abrasa, y consume hasta las yervas y árboles que están en su ribera... por estas propiedades le llamaron los romanos Urium, del verbo uro - is, por quemar”¹⁶.

Todo esto conduciría a la identificación del Besilus de Avieno con el Betis, cosa que, por otra parte sería correcta, puesto que viene mencionado inmediatamente después de “un litoral lleno de arenas”.

La reconstrucción imaginaria de los accidentes geográficos de Tartessos, a través de las descripciones que nos han llegado, son también interesantes: En la costa se hallaban el cabo del Templo —Fani prominens— y más lejos la fortaleza de Gerión —Arx Gerontis—, separados ambos¹⁷ por el

¹⁵ DELGADO, en Rua Figueroa, *op. cit.*, p. 121.

¹⁶ RODRIGO CARO: *op. cit.*, pp. 207 y 89.

¹⁷ AVIENO: 304.

Sinus Tartesicus. En este golfo, donde desemboca el río Tartessos, debe haber una isla que separa dos bocas fluviales, puesto que dice Avieno¹⁸, que el "río más ancho" sale junto al segundo cabo. Penetrando hacia el interior (probablemente los barcos entrarían por esta boca más ancha, que, por estar junto a la Arx Gerontis, es la oriental) del sinus tartesicus se halla una isla extensa ceñida por el río¹⁹. Al norte de la citada isla una marisma (el Lacus Ligustinus)²⁰ de la que fluyen los brazos del Tartessos, río que nace de las entrañas del mons Argentarius²¹ en una cueva²² entre los "celtas"²³.

Aplicando todos estos elementos geográficos a la actual topografía del estuario onubense habría que situar el Fani prominens en un lugar no muy lejano del actual Punta Umbría. La isla que dividiría las bocas meridionales del estuario es en este caso la isla de Saltés, contando con las lógicas transformaciones que debe haber sufrido con los arrastres aluviales. De esta forma se explica que diga Avieno que el "río más ancho" sale junto al segundo cabo, anchura que describe también Rodrigo Caro refiriéndose a la ría grande de Huelva²⁴.

Prescindiendo de la Arx Gerontis, que lógicamente debe hallarse a la orilla opuesta, interesa el tema de la isla y de las bocas del río. En lo que se refiere a la isla, debiera pensarse, no en la actual Saltés, sino en la zona situada al norte de Huelva, en la que no sólo encontramos algún topónimo referente a islas que ya no existen, como Isla Chica, sino que puede comprenderse la existencia de éstas por simple observación sobre el terreno y sin necesidad de complicados artificios geológicos. En cuanto a las bocas del río basta pensar en pequeñas islas no dignas de mención, debidas a los arrastres, dispuestas de tal forma que originasen tres salidas en la parte oriental de la isla y cuatro en la parte *meridional* (Avieno, 290), detalle este último digno de tenerse en cuenta ya que de tratarse del Betis, tendrían que ser septentrionales u occidentales los brazos de río que no se hallasen a oriente.

No pretendemos con esta hipótesis solucionar definitivamente el problema árduo de la localización de Tartessos, sino simplemente, como expusimos al principio, añadir algunos datos a la vieja teoría que lleva su emplazamiento a la ría de Huelva y que hace pensar en la zona de colinas situada algunos kilómetros al norte de la actual ciudad.

J. M. LUZÓN

¹⁸ AVIENO: 307.

¹⁹ AVIENO: 285.

²⁰ AVIENO: 291.

²¹ AVIENO: 291.

²² ESTESÍCOROS, en Estrabón, III, 2, 11.

²³ ESCIMNO: v. 162.

²⁴ RODRIGO CARO: *op. cit.*, p. 89: "Finalmente entra el Tinto en el océano Atlántico, entre Palos y Huelva, por donde va tan ancho que tiene más de legua y media de boca".

BAEDRO (Y NO BAEBRO) EN PLINIO, Y EPIGRAFIA DE LA REGION DE LOS PEDROCHES.

Esta monografía¹ de historia local contiene no sólo una serie ordenada de datos sobre la comarca cordobesa de Los Pedroches, sino algunos valiosos materiales epigráficos sobre los que hemos de llamar la atención.

Una descripción geográfica y después unas consideraciones sobre la prehistoria de la región abren el libro. No cabe duda que las noticias de hallazgos casuales en la región, demuestran el interés que en ella tendría un estudio arqueológico metódico.

En cuanto a la época antigua, los datos epigráficos permiten afirmar que la región, que se ha quedado peor comunicada en épocas posteriores, era más importante. También hay datos epigráficos que señalan la importancia de Los Pedroches en la época visigoda, y en tiempo de los árabes. Noticias históricas, sacadas de crónicas, permiten al autor dar datos de la época de la Reconquista. Los estudiosos de economía e instituciones hallarán algunas indicaciones sobre la historia de la región en la época medieval y moderna.

Concentrando el autor su atención sobre la villa de Pedroche, describe sus monumentos religiosos y artísticos.

La epigrafía de la región es estudiada en dos apéndices, el primero dedicado a las inscripciones de diferentes localidades de Los Pedroches, la mayoría conocidas y publicadas. Es nueva, junto a otras fragmentarias de menor importancia, una de Hinojosa del Duque con la leyenda:

I (?) VRBANVS SAGAE
LIB AN LV
HIC SESTTL.

El *trifinium* entre Sacilienses, Eporenses, y Solienses, que se publicó imperfectamente en el *CIL* II, 2349 y que el P. Fita editó completo en el *BRAH*, LIX 37 ss., se confirma en la presente publicación con una fotografía.

Un segundo apéndice, en el que el autor suma la colaboración de don Antonio Rodríguez Adrados, da cuenta de los restos arqueológicos y epigráficos del yacimiento de Majadalaiglesia y la ermita de Nuestra Señora de las Cruces, en el término de El Guijo.

Aparte otras inscripciones fragmentarias o de época visigoda, señalaremos que la publicada bajo la letra d) y fig. 9 era ya conocida (Fita *BRAH* LXI 223 s.), aunque se puede corregir en algún punto la publicación. De gran importancia es la nueva inscripción aparecida en El Viso, inédita a lo que sabemos, y que se publica en la p. 132 del presente libro.

¹ JUAN OCAÑA TORREJÓN: *Historia de la villa de Pedroche y su comarca*, Real Academia de Córdoba de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes, Tipografía Artística, Córdoba, 1962. Un vol. de 150 páginas, con ilustraciones y un mapa.

C. PAPIRIVS P. F. QVIR.
 NIGRINVS ANN. LXXV
 C. PAPIRIVS C. F. QVIR. NIGER
 ANN. XXXX BAEDRONENSES.
 HIS ORDO BAEDRONENS. LOCVM
 SEPVLTVRAE FVNERIS IMPENSAS
 LAVDATIONEM DECREVIT
 H. S. S. S. V. T. L.

Como señalan los autores de este apéndice, *Baedro* es una localidad del valle de Los Pedroches (la derivación de *Pedroche* de *Baedro* no nos parece convincente, ni es tampoco necesaria), y esta piedra, de la que el libro nos ofrece una fotografía suficiente, parece nos permite corregir un nombre en Plinio, el de *Baebro*, que se cita en la *Historia natural* III 10 (no hallamos variantes), en *Baedro*, con lo que ganamos seguridad en un nombre que aparecía dudoso, y hasta, admitiendo un error de Plinio, podemos situar la ciudad en El Viso, donde ha sido hallada, y en todo caso en la región, si bien Plinio la cita al sur del río Guadalquivir.

En relación con la identificación de *Baedro* con Pedroche, (que ya decimos no parece segura), pero además teniendo en cuenta la situación del *trifinium* antes citado, los autores se deciden por situar *Solia* no en la región occidental del valle de Los Pedroches, sino en el extremo oriental, a orillas del Guadalmez. Es cierto que el lugar donde se ha hallado el *trifinium* confirma esta hipótesis, pero también lo es que las hipótesis etimológicas que relacionaban el nombre de *Solia* con el del río Zújar (del cual se conocen formas antiguas *Zuxa*, *Zuja*, *Suxa*, *Suja*) no son nada despreciables.

Se ve, pues, cómo este libro constituye una aportación llena de interés, y con importantes novedades para la historia antigua de la región.

ANTONIO TOVAR

*ANTIGÜEDADES ROMANAS QUE SE RECOGEN Y COMENTAN EN
LOS DIARIOS DE JOVELLANOS*.*

En los diarios en que Jovellanos narra los viajes por él realizados entre los años 1790 y 1808 se recogen una serie de referencias a restos romanos de todo tipo que interesa tener a la vista cuando se han de estudiar determinados aspectos de la romanización, en diversas regiones: Asturias, Palencia, León, Burgos, etc. Por ser los diarios dichos una obra cuya consulta no lleva a cabo el estudioso de la época romana por quedar muy distanciada cronológicamente, nos parece útil llamar la atención sobre la existencia de estos datos, algunos de los cuales son de gran interés.

Entre los materiales romanos que se mencionan en la obra de Jovellanos algunos, naturalmente, se encuentran ya recogidos en otras publicaciones arqueológicas, y el estudio que se hace en ellas supera las noticias que en los diarios encontramos, tal es el caso de las inscripciones, p. ej., o de los puentes, pero hay otra serie de datos que ofrecen gran interés, y tienen el valor de haber sido vistos "in situ" por el autor. Por otra parte, no todos ellos están recogidos en otros trabajos. Esto ocurre, p. ej., con los restos de calzadas romanas.

Inscripciones

Se hace referencia a una de Gargantiella con el nombre de M. Fusco vista por Jovellanos el 25 de septiembre de 1790 en Corao durante un viaje que realiza de Gijón a Covadonga (p. 8).

Durante una excursión por tierras de León en 1792 registra el autor otra lápida existente en la catedral de Astorga: ALLA VERNA [AELIA VERINA] / LEGIRNICCORVM / BRIGIAECINA / AN XX H / S E (p. 79). En el mismo viaje, e igualmente en Astorga recibe de manos de un canónigo una copia de otro epígrafe que, según parece, se hallaba en piedra en una casa particular y había estado antes en la muralla: JUSTINAE / UXORI / SANCTISSIMAE / CALPVRNIVS / CVADRATVS / PROC AVG / (p. 85). También en la muralla se había hallado otra lápida de la que da la siguiente copia P. A. E. D. ATVRA / T L VALENTIS / ZOELAE (p. 85-86). Ninguna de estas dos lecturas fue comprobada por Jovellanos.

Dice en la p. 92 haberse hallado en Oviedo una inscripción de Teberga que, aunque señala va adjunta, no aparece en la publicación.

En las notas correspondientes al jueves 10 de julio de 1794, se lee que en carta de Pepe M.^a Tineo, señor de Noceda, de fecha 7 de julio se le comunicaba haber sido descubierta al demoler la muralla de Astorga la si-

* Biblioteca de Autores Españoles. Obras publicadas e inéditas de don Gaspar Melchor de Jovellanos. Edición y estudio preliminar de M. Artola. Tomos III y IV. Madrid 1956. Las referencias de página en las que no se indique tomo corresponden al III.

guiente lápida: Q. CVMELIVS / Q FAB CELER BRAC / VET LEG II AD H S AN / LXXV / Q CVMELIVS / RVFINVS F MIL LEG / II AD HERES PATRI / ET CVMELIVS MASCELIO LIB / POSVERVNT (p. 185). La transcripción no parece muy correcta.

De Santa Marina, ermita próxima al lugar de Gamonedo, da una inscripción que él mismo reconoce está mal copiada y necesita revisión. La transcripción que hallamos en Jovellanos es la siguiente: D NAM POS / DO V FIL SVE / CAR RA A N XX / CCCCCXXCII (p. 311 y 12). Debajo de ella había un caballo.

Da noticias de la existencia de una inscripción, probablemente romana existente en un puente de Salime (p. 392). Autores posteriores afirman no haber encontrado tal inscripción en dicho puente (cf. Vigil. Asturias monumental, epigráfica y diplomática, p. 394). Otros autores afirman que no era romana (S. Asturias III de Fermín Canella).

En la p. 470 leemos que en el lugar de Otañez, camino de Balmaseda, se halló un miliario del que sacó copia el beneficiado don Benito Muga. La inscripción, a juicio de Jovellanos había sido mal copiada.

Y por último, en el volumen IV de las obras, p. 235, hay una carta a don Carlos Posada, de fecha 6 de agosto 1800, en la que se hacen por parte de Jovellanos una serie de observaciones, la mayoría de ellas erróneas, relativas a una lápida sepulcral a la que había aludido Posada en una carta suya y que es la publicada por Cean (cf. Cean Bermúdez. Sumario de las antigüedades romanas que hay en España) y Hübner (CIL II 4223): L IVNIO BL (aesi) FIL QVIRI [na] / MARONI AE [milio] / PATERNO LANCIEN [si] / OMNIB INREPVBLICA / SVA HONORIB FVNCTO / II VIR BIS SACERO ROM ET / AVG CONVENT ASTVRVM / ADLECTO IN QVINQ DECVR [ias] / [le] GITVAE ROMAE IVDICANTIVM / FLAMINI AVGVSTALI / P H C (p. 235 y 236).

Puentes

En cuanto a los puentes de posible construcción romana, Jovellanos hace referencia a varios.

En primer lugar, hablando del existente sobre el Sella, en Cangas de Onís, dice que se observan en el río ruinas de otro más antiguo, romano (p. 8).

Después de Trubia, y de la confluencia del río que lleva su nombre con el Nalón, en el lugar de Nalón, señala la existencia de restos de un puente grande y antiguo que quizá pudiera ser obra de romanos (p. 92).

Camino de Brañes, en dirección a Pravia y Cudillero, sobre el Nora advierte la presencia de otro puente con un arco punteado, que le parece romano (p. 362).

A la salida de Martorell, indica que un puente nuevo construido con ladrillo conserva un trozo de edificación antigua que parece romana (p. 66).

Por fin en la p. 371 del volumen IV hace referencia al puente de Alcántara levantado en época de Trajano.

Restos varios

No son muchos los registrados por Jovellanos.

En Carrió, pasado el río Aboño y al pie de la cuesta de Torres se habían hallado ladrillos que parecían romanos, de los cuales Jovellanos encarga recoger alguno entero (p. 11).

En Castro Ventosa (León), antes de llegar a Pieros, afirma se ven los cimientos de la muralla que, construida con guijarros grandes y hormigón, parecía ser de romanos (p. 84).

En Pravia, a la entrada de la parroquia de San Nicolás, había en 1792 un capitel romano de orden corintio. La basa del mismo, que le indican estaba en la capilla de Carbayedos, no fue encontrada por Jovellanos (p. 93 y 94).

Llegado a Portugalete, en el monte del Espinal, a tres cuartos de legua del primero, partido de Jerrezuela, encontró trabajos y galerías de minas antiguas. A pesar de que nadie hablaba allí de trabajos romanos, Jovellanos sospecha que picos y cuñas allí encontrados correspondieron a ellos (p. 466).

Acaso del tiempo de los romanos señala que hay en Pozazal, a dos leguas de Reinosa, un viejo abrevadero (p. 478).

Restos de vía

Sobre calzadas romanas son varias las noticias que hallamos.

En la provincia de Palencia, después de Villalobón, encuentra vestigios de una vía militar caminando sobre los cuales se llega hasta Valdepedro (Valdepero) (p. 47). Continúa el camino por encima de los restos de la misma vía hasta Monzón, y a una legua, sobre los mismos vestigios siempre se halla Amusco.

También en Astorga hay señales de calzada (p. 79). Acaso romano dice que es el camino que viene por Molinaseca (p. 80).

Después de salir de Astorga y llegar a San Justo, se pasa el río Tuerto. A un lado, más adelante, se encuentra Requejo. Hay un puente sobre el Orbigo, muy largo. Por todo este camino indica Jovellanos que se va sobre vía militar romana (p. 86).

También por Sahagún, San Nicolás y Moratinos el camino parece seguir otra vía militar, y lo mismo ocurre en Calzadilla (p. 252). En Carrión, el camino romano se va encontrando hasta Villahierro (p. 253) y saliendo de Melgar aparece de nuevo la vía militar (p. 254).

En Miraflores, en lo que llamaban camino francés o de los peregrinos, también descubre Jovellanos vía romana (p. 257), así como en Bercianos, otra vez en la provincia de León (p. 296).

Viniendo de Mansilla a León, antes y después de Arcahueja, hay nuevos vestigios (p. 297), así como en Villarente (p. 301).

Después de Barrón y Artaza (Vascongadas), y antes de llegar a Escota el camino transcurre por una cortadura en la roca que Jovellanos afirma sin ninguna duda es de romanos (p. 459).

En Vitoria fueron descubiertos también restos de una vía militar que iba a la Galia (p. 460).

Cerca de Alar del Rey nuevos restos de camino que Jovellanos dice pudo ser el de León a Amaya (p. 480), y otros más en Calzada y Calzadilla (id).

En el volumen IV encontramos otras referencias a vías en la pp. 53 y 56, restos que corresponden a las localidades de la vega de Calahorra, Alfaro, en dirección a Tudela (Navarra), y Riofrío, camino de Negredos, respectivamente.

Este es el inventario de restos romanos que puede extraerse de los diarios de don Melchor Gaspar de Jovellanos y que ofrecemos a la consideración de los estudiosos de la época romana a quienes pueda interesar.

M.^a DEL DULCE NOMBRE ESTEFANÍA ALVAREZ

Necrologías



El Prof. C. de Mergelina

Tenemos que señalar como una sensible pérdida la del Dr. Mergelina, fallecido en abril de 1962, poco después de su jubilación académica. Permítaseme, como discípulo, recordar aquí a uno de mis maestros más queridos.

A través de él entré en contacto no sólo con su maestro don Manuel Gómez-Moreno y con un horizonte de saberes maravillosos (la arqueología, la historia del arte, la numismática, la epigrafía), sino con una manera especial de estar en relación con ellos. Era la suya una vida orientada por entero hacia estos conocimientos, pero además con el sueño de transmitirlos a nuevas generaciones, con una devoción generosa, un desinterés y una apertura que nunca he hallado en otra persona.

El Profesor Mergelina que yo conocí en la Universidad de Valladolid en 1931, abriéndonos de par en par las puertas del arte, ya había realizado quizá la parte más personal de su carrera: la colaboración con Pierre Paris en las excavaciones de Bolognia, sus prospecciones y viajes por Andalucía (con los monumentos extraordinarios de Antequera, por él explorados y descritos), sus excavaciones en La Guardia, junto a la desembocadura del Miño. Pero en los años que comenzaron entonces, en condiciones de organizar un seminario, con sus excursiones, publicación periódica y hasta excavaciones, su actividad se orientó hacia la formación de una verdadera escuela. Entonces comenzó a aparecer el *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, que podría llamarse *Boletín de Mergelina* (como hay la *Kühn-Zeitschrift* y títulos así), y varios estudiantes tuvimos el privilegio de trabajar y viajar con él asiduamente. Mergelina renunció no sólo a su vida privada sino incluso a su trabajo personal, para no pensar más que en la enseñanza.

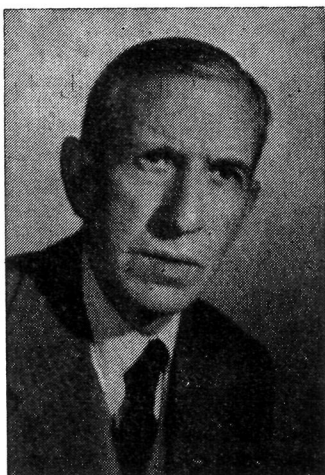
La guerra civil, que lo sorprendió en Madrid, vino a interrumpir aquella actividad. Pero una vez terminada aquella le fue confiado el rectorado de la Universidad vallisoletana (1939-1951). Sin abandonar su escuela arqueológica, ni interrumpir la publicación del *Boletín*, Mergelina se entregó con pasión a su tarea. La destrucción por un intencionado incendio de buena parte del edificio principal de la Universidad, las circunstancias difíciles por que entonces atravesaba nuestra patria, todo puso a prueba su temple y su entusiasmo.

Todavía en los últimos años, cuando pasó a la Universidad de Murcia, reanudó

su enseñanza allí y la arqueología de aquella región muestra la fecunda huella de su actividad. Enfermo, y casi inválido, se sostenía por un esfuerzo de voluntad, y en el Colegio Mayor de Murcia vivía rodeado de sus amigos y alumnos.

Para quienes le hemos conocido y hemos disfrutado de sus enseñanzas, Mergelina es un maestro inolvidable, en el que nunca podremos imitar plenamente su entrega a los estudiantes. Personalmente, para mí su muerte renueva mil recuerdos (viajes con él por todo el mundo antiguo, excavaciones en Castilla y en las tierras ibéricas de Murcia) y viene a ser una lección de entusiasmo y de esperanza, quizá cuando más falta me hace.

ANTONIO TOVAR



Joaquín Sánchez Jiménez (* 1891 - † 1962)

Nos llega la triste noticia del fallecimiento de nuestro amigo y colega cuando, al terminarse la campaña de excavaciones en el Cerro de los Santos, la correspondencia cruzada con ese motivo se hacía más frecuente e iba a iniciarse la colaboración de gabinete. Aunque delicado de salud en los últimos años, su gran espíritu se sobreponía a las molestias y, si antes le fue dado efectuar las importantes excavaciones que pueden verse en las Memorias editadas por la antigua Comisaría; colaborar en revistas científicas; participar en Congresos nacionales e internacionales, a veces de modo tan directo como en la organización del II Congreso del Sureste, celebrado en Albacete; estar ejemplarmente al tanto de todos los hallazgos arqueológicos de la provincia, ejerciendo suave autoridad en cada caso..., ahora, entregado de lleno a su acendrada vocación de investigador, ya sin las trabas de sus funciones docentes y directivas en el Instituto y en la Administración de Correos, fundaba el Seminario de Historia y Arqueología de Albacete, de cuyo volumen II de *Publicaciones* estaba actualmente cuidando el tiraje; continuaba aportando materiales para el mapa arqueológico de la provincia, con fotografías y ficheros del mayor interés, así como para su monumental libro sobre la industria cuchillera local, ya troncado para siempre; y, en fin, acudía con juvenil ilusión a su "cita" con el Cerro, en la esperanza de muchas campañas tan fecundas como la presente que habrían de traducirse posiblemente en la solución de importantes problemas de la arqueología hispánica y, desde luego, en el enriquecimiento de aquel museo provincial, obra de toda su vida.

En dicho volumen, en prensa nos ocupamos de lo que fue antaño ese museo y de lo que era y sería en manos de don Joaquín, quien lo concebía, con criterio moderno de hombre de ciencias, como centro de conservación, de investigación y de enseñanza.

Había logrado, pese al ambiente de general indiferencia y merced a una labor tenaz de entusiasmo, inteligencia, abnegación y simpatía, interesar a las autoridades locales en el desarrollo del museo. Y si la inauguración de las actuales instalaciones en los bajos de la Diputación —de que se hizo eco *Archivo de Arqueología* en 1944— marcó un hito en la historia del Establecimiento, la reciente construcción de un edificio *ad hoc*, ya casi terminado, colmaba las aspiraciones de su Director al confiar ver,

por fin, albergados con la dignidad que merecían los tesoros arqueológicos por él principalmente reunidos.

Algunas graves inquietudes ensombrecieron esta legítima aspiración al tener, primero, que el edificio pudiera destinarse al fin distinto para el que fue erigido, y luego, que se relegara el museo a otras plantas que no fueran las más nobles y adecuadas a sus necesidades y representación. Es de creer que estos temores, que turbaron los últimos tiempos de la vida de nuestro colega, no se confirmen, en bien de una arqueología que tan brillante presente y porvenir tiene en Albacete; pues las excavaciones en el Cerro y en otra estación de la provincia, del mismo carácter pero intacta y acaso aún más rica, abren unas posibilidades ilimitadas a este museo, que si hoy es uno de los principales pronto será el primero de España en escultura ibérica. Los proyectos que don Joaquín abrigaba para cuando se acordase que ese Centro había de ser alojado en la forma primeramente prevista, acreditan su excepcional alteza de miras y su generosidad.

Estas calidades morales e intelectuales unidas a su afabilidad y sencillez, bondad en suma que diríase "trascendía" de su persona, le hacían ser respetado y querido de todos, colegas o no. Ello podría ejemplificarse abundantemente. Sin embargo, aunque honrado con títulos y condecoraciones, acaso no se le ha hecho profesionalmente la justicia debida, achaque común en nuestra Patria, que "hace los hombres y los gasta".

Si la labor tenaz, callada, de tantos años de atención a la arqueología y en general a la cultura albaceteña, se ve plasmada en las colecciones tan amorosamente reunidas en aquel Centro provincial, ¿qué mejor homenaje al recuerdo y ejemplo de don Joaquín Sánchez Jiménez que velar por la continuidad y engrandecimiento de "su" museo? Una lápida descubierta en su honor en la solemne inauguración de las nuevas instalaciones, sería testimonio perenne de una vida modelo consagrada al estudio y al bien.

Que Dios, en quien siempre puso su confianza, le haya concedido el descanso de los justos.

A. FERNÁNDEZ DE AVILÉS

Bibliografías

FRANÇOIS BORDES: *Typologie du Paléolithique Ancien et Moyen*. Préface de Raymond Vaufrey. Imprimeries Delmás, Bordeaux, 1961. Publications de l'Institut de Pré-histoire de l'Université de Bordeaux. 86 págs., 11 figs. en el texto y 108 láms. en vol. aparte.

He aquí una obra utilísima para todo aquél que tenga como objetivo el estudio de la Prehistoria. Se trata de un libro en el que se nos resumen y exponen de un modo claro, científico y eficaz, todo el gran cúmulo de estudios, experiencias y observaciones que el autor ha realizado durante una serie de fructíferos años dedicados al servicio de la investigación prehistórica.

La tipología es esencial en los estudios del Paleolítico y el estudioso o investigador ha de habituar su ojo y su tacto para poder interpretar y definir al instrumento. En este sentido el Prof. Bordes nos da una información de primera mano, puesto que él mismo es un excelente tallador de piedra. Este conocimiento directo de la técnica hace que nos haya planteado toda una seriación instrumental tipológica, que se estudia sistemáticamente.

En una primera parte se nos presentan las definiciones fundamentales y las diversas técnicas de tallado. En la segunda parte se dedican nueve capítulos a definir y a estudiar todos los tipos esenciales del Paleolítico inferior y medio, dejando para una tercera, con tres capítulos, el estudio de los elementos bifaciales (Bifaces, discos y bolas). Todavía se nos da una buena información en otro capítulo, acerca de los núcleos.

Este breve y conciso resumen del contenido de la obra puede dar una estricta idea de lo que es la misma. El entrar en el análisis de cada uno de los tipos estudiados sería tanto como repetir las palabras del autor, ya que en realidad poco o nada podríamos añadir. Por eso, creemos que el lector, a quien interesen estos problemas, debe de procurarse el libro y estudiarlo a fondo, pues a nuestro modesto entender nos hallamos en la aportación más seria y fundamental que se ha hecho en estos últimos años a la tipología instrumental del Paleolítico.

Téngase en cuenta que F. Bordes fue el primero en aplicar el método estadístico al estudio de los yacimientos prehistóricos, y que esta aplicación sólo es posible par-

tiendo de unas definiciones tipológicas previas, de ahí que haya creído oportuno darnos con este libro un instrumento de trabajo, que esperamos ha de ser fructífero en los estudios de Prehistoria, puesto que nos permitirá alcanzar unos mejores resultados.

F. JORDÁ CERDÁ

D. DE SONNEVILLE-BORDES: *L'âge de la pierre*. París, 1961. Presses Universitaires de France. Collection "Que suis je?". 128 págs. y 8 figs.

Se trata de una breve síntesis de los problemas de la Prehistoria Universal, estudiados preferentemente desde puntos de vista naturalistas y técnicos, aunque a través de todo el libro notamos la presencia de lo histórico-cultural. Hemos de agradecer a la Autora esta visión, excesivamente breve —lo cual no es culpa suya— actualizada del mundo prehistórico.

En los capítulos dedicados a cronología general se estudian todos aquellos problemas que afectan a las glaciaciones y a ese complejo de fenómenos periglaciares (terrazas fluviales y marinas, formaciones loésicas, relleno de cuevas y abrigos) junto con faunas y floras, valorándose todo ello como elementos integrantes de un paisaje que el hombre fue colonizando lentamente.

Las páginas dedicadas a la técnica son un excelente resumen de la serie de observaciones y estudios realizadas estos últimos años. Talla y retoque son definidos con precisión en sus distintos aspectos, poniendo de relieve la necesidad de considerar todo instrumento dentro del conjunto material del que formó parte, consecuencia de la aplicación del método estadístico (F. Bordes) al estudio sistemático de las series instrumentales.

En su visión del Paleolítico Inferior la autora pone de relieve la existencia de los dos grandes ciclos instrumentales (Bifaces y *Chopping-tools* = hendidores), señalada ya hace algún tiempo por Movius, que parecían repartirse culturalmente al Antiguo Continente (Asia del Sudeste para los hendidores y el resto para las bifaces), pero que de acuerdo con las nuevas investigaciones no es tan radical como se suponía y ya el mismo Movius señalaba la complejidad de la sucesión industrial en la región del Indo "carrefour de toutes les influences". Existen sin duda unas líneas de evolución común, aunque a pesar de ello "las industrias del Paleolítico Inferior aparecen más complejas y diversas de lo que se había supuesto". Es interesante señalar que la autora habla ya del Tayaciense como de una industria fantasma, emparentándose sus pretendidos tipos con el Clactoniense.

El Paleolítico Medio comprende el Musteriense que es definido como un conjunto cultural original que con un fondo común muy estable se ramifica y diferencia en varias facies, en las que a las variaciones tipológicas se une la diversidad técnica. Sobre la cuestión levalloisiense se recogen las importantes investigaciones de F. Bordes. La extensión del Musteriense, que por nuestra parte nos inclinamos a suponer de origen europeo en muchas de sus facies, nos delimita un área cultural euro-mediterránea con grandes penetraciones en el Asia Occidental y en Africa del Norte. El hombre de Neandertal, creador de este complejo cultural, a quien las viejas hipótesis hacían desaparecer bruscamente a la llegada del Paleolítico Superior perduró tanto en rasgos físicos, como culturales, durante mucho tiempo y la autora ve en el Musteriense de tradición Achelense la base sobre la que se orientan las nuevas creaciones culturales del Paleolítico Superior poniendo de relieve el hecho de que los restos antropológicos

neandertalenses no provienen precisamente de aquella facies, sino del Musteriense tipo Quina-Ferrassie. El capítulo sobre Paleolítico Superior, demasiado denso de contenido y corto de extensión para nuestro gusto, estudia uno de los procesos culturales de mayor complicación. En Europa la autora nos habla de un Perigordense inferior y otro superior, que nosotros preferiríamos ver denominados Castelperronense y Gravetense; reafirma la estructura del viejo Solutrense, señalando la nueva problemática del Scelelense húngaro y presenta un buen cuadro de las culturas magdalenenses y de sus derivaciones, aunque echamos de menos alguna información sobre el mundo cultural mediterráneo con toda una serie de industrias microlíticas o microlitizantes de derivación gravetense.

La aparición del arte entre estos *Homo sapiens* primitivos (Cro-Magnon, Chancelade, etc.), sus costumbres funerarias, el género de sus habitaciones, etc., son otros tantos problemas sobre los que se dice lo preciso de un modo ajustado a la nueva investigación, mostrándonos una humanidad que "toma posesión de todos los territorios accesibles, dominando por medio de instalaciones ingeniosas las condiciones naturales que limitaban hasta aquel momento la expansión humana".

En resumen, un excelente manualito que recomendamos a todos aquellos que se interesen por el estudio del mundo prehistórico.

F. JORDÁ CERDÁ

DENISE DE SONNEVILLE-BORDÈS: *Le Paléolithique Supérieur en Périgord*. Prefacio de JEAN PIVETEAU. Imprimeries Delmas. Bordeaux, 1960, 2 tomos, 560 págs. y 295 figs.

Uno de los problemas del actual estudiante de Prehistoria es la dificultad con que tropieza para procurarse la bibliografía referente a los yacimientos clásicos franceses, que han servido de base en la elaboración de la mayor parte de la estructura sistemática del Paleolítico de la Europa Occidental. Agotadas las monografías príncipes, difíciles de adquirir las revistas y artículos en donde se empezó a bosquejar la actual doctrina, al principiante no le queda otro remedio que aceptar los resúmenes y síntesis corrientes y repetir lo que "magister dixit". La obra que aquí comentamos viene a solucionar este problema por lo que al Paleolítico Superior del Perigord se refiere, por ello hemos de agradecer a su autora el esfuerzo que ha llevado a cabo al construir este libro, ya que en él puede el estudioso encontrar una magnífica información (doctrinal, gráfica y estadística) y una bibliografía completa de una serie de yacimientos, que fuera de Francia y de alguna biblioteca especializada, es difícil poder encontrar. La amplitud con que han sido estudiados los distintos yacimientos, las comparaciones y relaciones establecidas, el planteamiento de nuevos problemas y la discusión de otros, la abundancia de ilustraciones, etc., hacen que este libro sea necesario como obra de consulta y con el tiempo quedará como una de las obras clave de la investigación prehistórica. Vamos a dar brevemente una idea de los temas tratados, sin entrar en la exposición de yacimientos, que nos llevaría fuera de los límites de una reseña.

La autora plantea en primer lugar la definición de Paleolítico Superior y se inclina a prescindir de la puramente técnica (cultura de hojas) para tratar de establecer una definición tipológica. Es evidente que lo fundamental del Paleolítico Superior es su

polimorfismo instrumental, manifestado en el gran número de tipos y subtipos instrumentales, tanto líticos como óseos. Aunque consideramos loable el intento, creemos que una cultura y menos un gran complejo cultural, como es el Paleolítico Superior, pueda definirse de un modo tan parcial, por uno sólo de sus aspectos. En todo aquello que roza al hombre y su historia la definición es en general inadmisibile. Pero parece ser que en Prehistoria en donde la tipología se nos impone como una necesidad vital es posible definir una cultura por sus tipos.

A estos criterios tipológicos se unen los estadísticos, con el previo establecimiento de 92 "instrumentos tipos". La aplicación de la estadística a la Prehistoria tiene cada día más adeptos y realmente se trata de un método interesante y nada despreciable, a condición de que se considere a la estadística como un medio y no como fin del estudio de los yacimientos. Los resultados numéricos, los índices y porcentajes instrumentales, han de ser utilizados como datos y no como hechos. Este parece ser el criterio de la autora, para quien los resultados estadísticos, con sus diagramas, son los datos con los que se opera para llegar al diagnóstico cultural del yacimiento. En este libro se hace por primera vez una aplicación amplia de la estadística a los problemas del Paleolítico Superior y sus resultados son realmente alentadores.

A través de una larga exposición de yacimientos llegamos a una serie de conclusiones del mayor interés. El Perigordense antiguo es sin duda una cultura autóctona en el territorio francés, cosa que se desprende de los trabajos de Delporte y que ahora confirma la autora. Tiene sus raíces en el Musteriense de tradición achelense, a cuya área geográfica se superpone, poco más o menos. Es curioso señalar, como hace la A., que este Musteriense de tradición achelense no es obra del hombre de Neandertal, cuyos restos sólo se han encontrado en yacimientos de Musteriense típico o en el de tipo Quina-Ferrassie (Bordes).

El Auriñacense parece tener una mayor relación y dependencia con el Musteriense, aunque todo ello, según la A., habrá que buscarlo fuera del Perigord. Tres fases pueden distinguirse, la más antigua caracterizada por el retoque en escama, de tipo auriñaciense y la presencia de raspadores carenados, en la segunda disminuye el retoque en escama y aumentan los raspadores de hocico y de uña y los buriles, en la tercera desaparecen el retoque auriñaciense y aumentan los raspadores gruesos y los buriles de todos los tipos. El interés de esta secuencia reside en la valoración del elemento lítico, en contra de la establecida por Peyrony (cinco fases) a base del material óseo.

La posición del Perigordense medio resta insegura en la zona de Perigord. El tratar de buscar un enlace entre el Perigordense inferior y superior ha hecho que una serie de niveles con elementos de hojas de retoque abrupto hayan sido situados como enlace entre una y otra etapa. Pero la cosa no está clara y existen numerosas lagunas. La A. que ha estudiado a fondo el problema no llega a una conclusión definitiva y si en el Perigord es difícil hablar de Perigordense medio, mucho más lo será hablar de ello en España, como han intentado algunos autores.

El Perigordense superior nos presenta un evidente polimorfismo, junto a los elementos tipos, aparecen una serie de elementos nuevos (punta Font Robert, instrumentos con truncaduras, buriles de Noailles) que desaparecen rápidamente. En relación con este polimorfismo debe suponerse al Protomagdaleniense (Laugerie Haute y Abri Pataud), industria que demuestra una potente originalidad creadora.

Estas series culturales auriñaco-perigordense demuestran haber tenido una evolución paralela, aunque es este un problema en el que convendría profundizar algo más. Quizás sea posible hablar de coexistencia en territorios vecinos de gentes de distinta raíz cultural.

La unidad cultural a todos estos grupos parece aportada por el Solutrense, que con pocos yacimientos en el Perigord, demuestra una gran fuerza por la potencia de los estratos de los mismos. Se mantienen las tres etapas: puntas de cara plana, hojas de laurel y puntas de muesca. Se desecha la hipótesis, sostenida por nosotros en otro tiempo y por Escalon de Fonton más tarde, de que entre el Protosolutrense y el Solutrense existía una separación cultural. La A. considera tentadora la idea de un origen local del Solutrense o por lo menos de la existencia de unas relaciones intensas entre el Solutrense inicial y el Perigordense Font Robert, ya que parece que es entre estos últimos donde se encuentra la técnica del retoque plano, propia después de los solutrenses. Estos contactos pudieron haberse producido en un territorio extremo del Sudoeste francés. También se analizan las posibles influencias del Sceletense checoslovaco sobre el Solutrense, que aunque es difícil de rechazar "a priori", sin embargo existen rasgos distintivos y diferenciadores, como por ejemplo, el de que el Solutrense comience con instrumentos unifaciales y el Sceletense es bifacial desde el principio. Un problema final presenta esta interesante etapa en el Perigord: su desaparición brusca, aunque más creemos que es éste un problema producido por el esquematismo stratigráfico, pues buena parte del Solutrense final debió de ser contemporáneo de los comienzos del Magdaleniense.

La cultura magdaleniense comienza por una serie de etapas, que Cheyner ha querido llamar Protomagdaleniense, denominación que no se ha aceptado. Realmente la cuestión magdaleniense está aún por estudiar, los yacimientos de las fases I y II son escasos y ocupan un área reducida. Hemos de llegar al III para ver cómo la cultura magdaleniense va extendiéndose por la Europa Occidental, en un área que se superpone y aún sobrepasa la del Solutrense. En Laugerie Haute se observa una gran complejidad de niveles en los que la transición se opera mediante imperceptibles gradaciones, insospechadas en las anteriores excavaciones. Todo el Magdaleniense presenta una gran homogeneidad en su instrumental lítico. Las variantes (raclettes, Buril de pico de loro, etc.) sólo se encuentran en algunas etapas, lo que hace pensar en la gran unidad cultural que presenta esta etapa.

Para la A. el Aziliense es una cultura de adaptación, que recogiendo lo fundamental del Magdaleniense tiende rápidamente a diferenciarse de él. Para nosotros es sin embargo la etapa final del Magdaleniense en la que comienzan a actuar los elementos microlíticos geométricos, producidos en torno del Mediterráneo occidental, que da paso a nuevas formas culturales, que se han denominado mesolíticas, aunque a nuestro entender se trata más bien de un Epipaleolítico, ya que durante esta etapa terminan su desarrollo una serie de formas que han ido apareciendo en distintas áreas y que perviven a la llegada de los primeros agricultores.

El libro, en resumen, está lleno de sugerencias, de nuevas orientaciones y sobre todo de un material vivo y utilizable, que nos permite formarnos una idea clara de la serie de problemas que tiene planteados el Paleolítico Superior de la Europa Occidental.

F. J. C.

LUIS PERICOT GARCÍA y MIGUEL TARRADELL: *Manual de Prehistoria Africana*. Instituto de Estudios Africanos. C. S. de I. C. Madrid, 1962, 348 págs. y 110 figs.

Merece toda clase de plácemes la labor realizada por los Autores al ofrecernos este interesante libro, escrito con un claro sentido expositivo y pedagógico.

Una breve introducción resume los problemas de los cambios climáticos cuaternarios, así como los de la fauna, habiéndose dibujado de antemano el cuadro de las divisiones geográficas.

La "pebble-culture" tiene una amplia difusión por toda Africa siendo quizás los yacimientos del Marruecos atlántico (Sidi-Abderahman, Icht, Duar Dum, etc.) y del Africa Oriental (Olduvai) los que nos ofrecen series instrumentales de mayor interés. Pero todavía falta profundizar en su estudio y llegar a conclusiones más eficaces.

Las industrias de hachas se encuentran por todo el continente africano, siendo el Cheleo-Achelense del Africa Menor la etapa mejor conocida. También Africa del Sur ha sido objeto de intensa investigación. En Africa Oriental, Olduvai y Ol Orgesailie, son yacimientos con una estratigrafía fundamental para comenzar a comprender el valor de los hallazgos africanos. Las industrias bifaciales africanas difieren muy poco, salvo diferencias regionales, de las del Viejo Mundo y su interés reside en sus amplias estratigrafías.

El Paleolítico Medio es una etapa compleja. En Africa Menor y en el Sahara es difícil separar la industria levalloiso-musteriense de su inmediata seguidora y consecuencia el Ateriense, que en gran parte es del Paleolítico Superior. El Africa Oriental y Meridional nos ofrecen por otra parte, un complejo cultural difícil de romper con su *Middle Stone Age*, con elementos propios de tipo musteriense que enlazan con otros que son ya del Paleolítico Superior. Durante estas etapas se observa un evidente progreso en la creación de nuevos tipos instrumentales, que fue seguramente consecuencia de una mayor actividad de los distintos grupos humanos.

El Paleolítico Superior se nos ofrece lleno de dificultades. En Africa Menor domina el Ateriense, mientras que en Egipto nos encontramos con el Sebiliense, en el Sur y Este con la cultura de Stillbay y el complejo industrial llamado Capsiense del Kenia. Las relaciones del Ateriense suscitan en el autor de esta primera parte —Pericot— un largo comentario acerca de las relaciones hispano-africanas durante el Solutrense, que sostenidas por el Autor y Caton-Thompson, han sido negadas por Balout, a nuestro modesto entender con razones bastante convincentes.

Las llamadas industrias mesolíticas ofrecen un complejo interés, pues significan el triunfo del microlitismo, no sólo en Africa, sino en Europa y Oriente. En el Africa Menor, el Iberomauritano y el Capsiense, que hace cuarenta años jugaron un papel decisivo en la comprensión de la Prehistoria hispana y europea, han quedado reducidos a sus territorios y rejuvenecidos cronológicamente, de tal modo que hoy es imposible hablar de aquella especie de "milagro africano". Para nosotros el microlitismo y las formas geométricas son fenómenos culturales que se producen en el área mediterránea occidental europea, quizás como reacción a los tipos instrumentales complejos de técnica del Solutrense.

Interesante es el capítulo dedicado a los restos antropológicos africanos. Los austrolopitecinos del Africa del Sur y Oriental, el *Atlanthropus* de Ternifine, el "hombre de Rabat", el *homo rhodesiensis*, el *Africanthropus njarasensis*, los protocamitas mediterráneos de Elmenteita, el hombre de Asselar, la raza de Mechta-el-Arbi, etc., representan sin duda los escalones de la humanidad africana, siendo interesantes documentos que nos han planteado problemas que estamos muy lejos de resolver.

Esto es a grandes rasgos el resumen de la primera parte, que el Prof. Pericot, gran conocedor de los problemas de la Prehistoria africana, ha escrito sin apasionamiento y con una objetividad extraordinaria, cosa que hace falta en nuestros manuales.

La segunda parte del libro está consagrada al Neolítico. Tras un conciso planteamiento de los orígenes de las culturas agrícola-ganaderas, se comentan por su autor,

Tarradell, los grandes problemas del Neolítico africano, entre los cuales destacan la falta de unidad (geográfica, humana, cultural) y la siempre escasa relación existente entre los elementos culturales y la cronología.

Egipto recibe el primer impacto neolítico desde el cercano Creciente Fértil. Los comienzos en el Bajo y el Alto Egipto, la evolución que suponen las etapas predinásticas en ambas regiones, son estudiados y comentados detenidamente en relación con los resultados del C-14, que parecen desmentir la posibilidad de que existiese un foco egipcio neolítico independiente.

Del neolítico del Mahgreb encontramos una excelente síntesis del estado actual de la cuestión. La personalidad del autor y su conocimiento directo de los materiales son más que suficientes para que insistamos en sus puntos de vista. El Mahgreb es una de tantas provincias del Neolítico del Mediterráneo occidental y para conocer sus relaciones y su dependencia cronológica es necesario localizar el foco inicial, su camino de difusión y sus dependencias temporales, cosas todavía sujetas a nuevos datos de investigación.

En el Sahara y en el Sudán la imprecisión aumenta por falta indudable de investigación, pero también porque los fenómenos culturales presentan en aquellas zonas unas características especiales, que las hace complejas y poco aptas para el establecimiento de correlaciones y de nexos cronológicos. Lo mismo sucede en el resto de Africa donde el mundo neolítico, que en algunas zonas ha llegado hasta nuestros días, plantea problemas de interpretación compleja que escapan muchas veces al marco de la Prehistoria.

Un capítulo interesante es el del arte rupestre, en el que se resumen acertadamente las posiciones actuales sobre las representaciones artísticas saharianas, del Africa oriental y del Sur, recogiendo las opiniones de Breuil, Lohte, Graziozi, Mauny, van Riet Lowe, etc.

La Prehistoria de Canarias tiene también su apartado, haciéndose hincapié en la dificultad de su seriación cronológica, a pesar de la abundancia de materiales. Al final se recoge una nutrida bibliografía sobre los distintos problemas tratados en el libro, que recomendamos a todos aquellos que sientan curiosidad por los problemas africanos.

FRANCISCO JORDÁ CERDÁ

A. LAMING-EMPERAIRE: *La signification de l'art rupestre paléolithique. Méthodes et applications*. Paris, Editions A. & J. Picard & C. 1962, 426 págs., 50 figs. y XVI láms.

Nunca se nos había hecho tan patente la provisionalidad de los estudios prehistóricos como al terminar de leer este libro. Con una crítica refinadamente racionalista, no exenta de subjetivismo y de "parti-pris" la autora va invalidando sucesivamente todas aquellas teorías que han tratado del significado del arte rupestre cuaternario. Ni el arte por el arte, ni la acción mágica, ni el psicologismo, ni siquiera los estudios de etnografía comparada, pueden conducirnos a comprender la significación del arte rupestre paleolítico. Sin embargo, después de muchas páginas destructivas la autora recae en lo que tan duramente castiga y rechaza, es decir, que de nuevo tenemos que recurrir a la etnografía comparada, al psicologismo e incluso a la magia de caza y quizás al arte por el arte. Por lo menos eso parece deducirse de ciertas conclusiones a que se llega en este libro. Así, por ejemplo, en este arte

se nos hace muy patente la inferioridad del hombre frente a la inferioridad de los animales (p. 293: "Les moyens de représenter son infériorité varient mais cette infériorité est partout notée). Por todo ello el hombre se transforma en un hombre bisonte, en un hombre ciervo, se transforma en un elemento de este mundo animal que forma el centro de sus preocupaciones, lo cual implica a nuestro modesto entender una explicación psicologista. Mas para entender a estos hombres-animales la autora nos sugiere que investiguemos en la iconografía del mundo antiguo mediterráneo, Africa del Norte incluida, tomando como punto de partida "el tema reencontrado por todas partes de los seres humanos con cabeza de animal", con lo que recaemos en la etnografía comparada.

Pero dejando a parte estas disquisiciones, la autora ha tenido por otra parte aciertos indiscutibles, como la división del arte rupestre paleolítico en dos grandes ciclos: Uno, el de los santuarios al aire libre con esculturas y grandes relieves; otro, el de los santuarios subterráneos, con pinturas y grabados. Indiscutiblemente nos encontramos ante dos concepciones artísticas diferentes, aunque sin duda alguna puedan tener puntos de contacto y aún de unión. Tomando como base los datos de investigación la autora logra trazar unos cuadros aceptables de estos dos grandes ciclos. Creemos sin embargo, que es este uno de los problemas que hay que replantear, tratando de afinar en las cronologías, en los estilos y en las técnicas, que han sido siempre los elementos básicos de todo estudio analítico del arte.

No tan acertada nos parece su idea de que las superposiciones o yuxtaposiciones son composiciones, ni de que existe un cierto sentido de la composición, asociando determinados animales, p. e., bisonte y caballo. Esto es quizás una cuestión en donde se bordea un peligroso subjetivismo. Muchas veces estas asociaciones no se pueden sostener cronológicamente.

A pesar de todo lo dicho, creemos que el libro es interesante, ya que se nos ha planteado en realidad una nueva problemática del arte rupestre, arrinconando una serie de tópicos, que se venían repitiendo, sin variaciones, en la bibliografía prehistórica.

El libro se limita al arte rupestre del territorio francés, aunque utiliza materiales de otros yacimientos extraños a esa zona. Al final encontramos una buena bibliografía y un útil e interesante catálogo de yacimientos rupestres, con sus series artísticas agrupadas y definidas.

F. JORDÁ CERDÁ

MIGUEL TARRADELL: *El País Valenciano del Neolítico a la Iberización. Ensayo de síntesis*. Sobretiro de "Anales de la Universidad de Valencia". Vol. XXXVI. Curso 1962-63, Cuad. II. Filosofía y Letras. Valencia, 1962, 216 págs. y 59 figs. más XII láms. sin numerar.

Título sugerente y atractivo este que el Prof. Tarradell, sin duda, nuestro mejor especialista en cuestiones de Protohistoria mediterránea que afectan a nuestra Península, ha puesto a un libro útil, lleno de actual doctrina arqueológica y desarrollado con un gran sentido sistemático. Si no fuera porque el autor poseía ya una sólida formación arqueológica antes de su llegada a la Universidad valenciana, le crearíamos "contagiado" del severo espíritu crítico y metódico que el maestro Ballester supo insuflar al Servicio de Investigación Prehistórica de Valencia.

En el prólogo ya empieza batallando para que el término "País Valenciano" vuelva a tener la vigencia que tuvo entre "los sólidos eruditos del siglo XVIII", desterrando la expresión equívoca de "Levante".

Los antecedentes prehistóricos del País Valenciano se señalan brevemente, planteando el interés de su Musteriense y sobre todo la importancia de la fuerte base étnico-cultural de tipo gravetense, cuya perduración debió de tener grandes repercusiones en la formación de las etnias posteriores.

Los problemas del Epipaleolítico los creemos tratados con un criterio de excesiva escolasticidad, tal como hace Fletcher, a quien sigue el autor. En realidad es difícil hablar de Mesolítico valenciano con dos etapas. Se trata de las fases finales del Epigravetiense mediterráneo, como hemos intentado demostrar en alguno de nuestros trabajos.

En cuanto a los cazadores y pintores de las sierras ibéricas, adopta el autor una postura cauta y un tanto conservadora. Ello es de deplorar en un hombre que como el autor posee una estupenda formación e información "mediterránea", ya que no ve en esas pinturas la obra de unos artistas que nada tienen que ver con la concepción monotemática —el animal— y abstracta —el tectiforme— de los pintores paleolíticos. El arte pictórico narrativo, así como la falda acampanada y el espíritu militar, tienen su origen en el Mediterráneo oriental y mal que nos pese es allí, en aquellas regiones en donde hay que buscar los antecedentes de un arte que debió de florecer cuando se enterraba en esas cuevas eneolíticas del País Valenciano, cuyos ajuares representan los elementos propios de pueblos cazadores, que en algunas ocasiones practicaban la agricultura (véase la posible "danza agraria" de Dos Aguas, cuya derivación de lo cretense parece ciertamente aceptable).

Los problemas del Neolítico valenciano son tratados con amplitud y con una información completa, en la que se desecha la "obsesión africanista" de muchos de nuestros investigadores. Se inserta este Neolítico valenciano dentro del cuadro agrícola-ganadero que penetra en el Mediterráneo occidental. El grupo valenciano parece tener mayores puntos de contacto con el grupo siciliano que con el catalán-francés-ligur y con el marroquí, a pesar de que en estos lo "cardial" es abundante, y menos aún con el grupo andaluz y con el del Oranesado, en los que el empleo de conchas está casi siempre sustituido por incisiones. En cuanto a cronología, los análisis de Rocadour (3980 a. J. C.) y de Arene Candide (4400 a. J. C.) han llevado un milenio hacia atrás la llegada a nuestras tierras de los elementos neolíticos, cosa que el autor cree perfectamente compatible con el estado actual de nuestra investigación. En cuanto a la posible existencia de una segunda fase neolítica en el País Valenciano, que se ha preconizado como unión entre Almería y Cataluña, el autor se inclina a negarla por carecer de datos que la demuestren. Hay que considerar pues que en tierras valencianas existió una larga perduración del Neolítico de cuevas con cerámicas decoradas, de la que se pasa al Eneolítico.

Tarradell sigue empleando el término de Eneolítico para lo que otros autores llaman Bronce I. No vamos a entrar aquí en discusión sobre la validez de una u otra denominación. Lo que nos interesa es hacer resaltar que esta etapa tiene una indudable personalidad en el País Valenciano, cuyas características son: rito funerario colectivo, presencia de poblados en las tierras llanas sin preocupación defensiva, empleo del cobre junto con el sílex, cerámicas lisas y pobres, ídolos antropomorfos, grabados o pintados, con una población mediterránea grácil a la que se unen tipos eurafricanos.

Pero el problema que plantea el Eneolítico valenciano es su carencia de elementos dolménicos. En toda el área valenciana, desde el Sur del Ebro hasta Almería

con *hinterland* que incluye por occidente toda la parte media y meridional del sistema ibérico, aproximadamente, no se encuentra un dolmen, aunque los restos de cultura material parecen encontrarse en evidente relación de semejanza. Tarradell dice que se “escapa el porqué en unas regiones existen sólo megalitos, en otras alternan con las cuevas y por fin en otras, como en nuestro caso, sólo existen cuevas”. A nuestro entender y esto es simplemente una hipótesis de trabajo, son varios los motivos que no hicieron posible que en la región valenciana floreciesen los megalitos; en primer lugar, la no existencia de yacimientos de cobre, principalmente, lo cual obró poderosamente para que los llamados prospectadores megalíticos dejasen al margen a esta región; en segundo lugar, el carácter eminentemente calizo de toda la zona, que ofrecía numerosas cuevas para las tumbas de una población básicamente cazadora (véase el gran porcentaje de puntas de flecha con respecto a los otros tipos instrumentales), cuyas tareas agrícolas se limitaban a recoger alguna gramínea o leguminosa y que carecían de la fuerte base económica que supone la minería. Es en este momento y en esta zona cuando creemos que se da el arte rupestre del “Levante español”, pues si la economía megalítica, sólidamente apoyada en el metal, permitió la creación de una gran cultura, cuya espiritualidad se manifiesta tanto en sus estupendas construcciones funerarias, como en su arte imaginativo y abstracto, en la región valenciana el predominio de los pueblos cazadores, con una tradición cinegética epipaleolítica, determinó unas formas funerarias más simples y un arte narrativo y épico, en el que se alían el naturalismo y la elegante estilización. Es precisamente en las zonas de contacto de ambas culturas eneolíticas, Albacete especialmente, en donde aparecen abrigos pintados, como el de Minateda en que se van superponiendo las dos tendencias, esquemática y narrativa, y es posible en esta zona donde podemos encontrar la clave de un problema apasionante, de nuestro arte rupestre eneolítico.

En una tercera parte se estudia el Bronce valenciano, con una referencia bastante amplia y sistemática de los yacimientos, un interesante estudio acerca de la frontera argárica en el sur y de las relaciones de los yacimientos valencianos con el Argar, el Norte y el Oeste. Pero sin duda el problema central reside en los orígenes y cronología, para establecer los cuales Tarradell opina que no existen de momento elementos suficientes. Se desecha la teoría tradicional de la expansión argárica hacia las tierras valencianas. La teoría de un origen egeo-anatólico para el Argar ha tenido defensores poco explícitos. J. D. Evans ha planteado el problema nuevamente, criticando este supuesto origen egeo-anatólico, que supondría una expedición de una antigua Kon-Tiki desde el país de los hititas hasta Almería, lo cual es difícil, y suponiendo una creación *in situ* del Bronce hispánico a base de elementos venidos de puntos muy diversos, todo ello hace también a esta hipótesis muy aventurada, por lo que hemos de esperar que nuevos materiales vayan ofreciéndonos una mejor información.

Termina el libro con una interesante exposición de los puntos de vista del Autor respecto de las infiltraciones europeas en tierras valencianas y sudeste. El uso del término “infiltraciones” nos sitúa ya frente a la teoría que hacía surgir a la cultura ibérica de una celtización del país, que se rechaza teniendo en cuenta la considerable densidad humana durante el Bronce valenciano, que debió de tener repercusión en la formación del mundo ibérico, y en la falta de elementos arqueológicos claros que justifiquen tal “celtización”.

El problema colonial griego en el Sudeste (Hemeroscopeion, Alonis, etc.), es para el autor más que un problema de localización, de existencia. Esta posición escéptica

y negativa la creemos excesiva, y pensamos que hay que investigar con mayor intensidad en toda la costa.

El libro finaliza con un repertorio de los yacimientos principales que por sus materiales han servido al autor para elaborar su síntesis, seguidos de una precisa bibliografía.

Un libro espléndido por el que damos al autor nuestro parabien.

FRANCISCO JORDÁ CERDÁ

CARLOS CALLEJO SERRANO: *El origen y el nombre de Cáceres (De Norba a Qázrix y a Cáceres)*. Prólogo de ANTONIO GARCÍA Y BELLIDO. Cáceres, Obra cultural de la Caja de Ahorros y Monte de Piedad, 1962. Un vol. de 145 páginas en 8.º.

El Señor Callejo Serrano, de meritorias actividades en la exploración arqueológica de la región de Cáceres y en la organización del muy interesante Museo arqueológico de aquella capital, publica ahora este libro, que es una aportación valiosa al conocimiento de las antigüedades cacereñas.

Tras una introducción, el capítulo II trata de los restos prehistóricos. Callejo es el descubridor de la Cueva de Maltravieso, la única que existe con pinturas cuaternarias en la España central, con impresiones de manos mutiladas del dedo meñique. Existen también otras cuevas con restos de períodos más próximos a nosotros, de las que este libro da noticia, así como algunas ilustraciones.

En cuanto a la etnología protohistórica, cree el autor, con buenas razones, que Cáceres perteneció a los Lusitanos desde principios del siglo II.

El capítulo III estudia los orígenes de la *Colonia Norbensis Caesarina*, que no cabe duda es la ciudad romana que ocupó el solar de la actual capital extremeña. Con muy buen criterio prescinde de interpretaciones fantásticas y utiliza el testimonio epigráfico del patronato de Lucio Balbo el Joven.

En el capítulo IV estudia este libro la geografía de la Lusitania de Ptolomeo, con un mapa utilizando sus referencias a coordenadas geográficas. En el V tenemos un estudio de *Castra Caecilia*, cuya situación, así como la del otro campamento, *Castra Servilia*, es un problema difícil, si bien, uno de los dos es el del lugar llamado Cáceres el Viejo. Se examina luego el problema toponímico, y es evidente que es el ablativo latino *Castris* (de uno de estos dos antiguos campamentos vecinos a *Norba*) el que a través del árabe *Qasriš* explica el nombre actual de la ciudad. El Sr. Callejo ha hecho un estudio muy completo de las fuentes árabes y ha encontrado referencias a Cáceres no señaladas antes.

Por el acopio de datos y por el buen sentido puesto en su crítica, merece aplauso la publicación que reseñamos.

A. TOVAR

ALVAREZ DE MIRANDA, A.: *Ritos y juegos del toro*. Madrid 1962. 211 págs. + 30 figs.

El libro que reseñamos constituye la tesis doctoral del que fue catedrático de Historia de las Religiones de la Universidad de Madrid, presentada en la Universidad

de Roma. El nombre del libro indica perfectamente el contenido: Ritos en los que participa el toro que se degradan y se convierten en juegos. El libro se divide en dos partes, la primera dedicada a España, la segunda a otras regiones en las que el toro desempeña un papel importante en los ritos y en los juegos. De este modo el autor logra ampliar considerablemente el horizonte, no en busca de una comparación del fenómeno corridas españolas, sino de una mayor comprensión de los ritos y juegos del toro. El fin que pretendió el autor fue desentrañar el carácter de las corridas españolas. El tema es apasionante como pocos y nunca un historiador de las religiones se había planteado el tema, por lo cual este libro que Alvarez de Miranda dejó sin retocar y que quizás hubiera ampliado en algunos puntos, aunque dan la impresión sus partes de profundidad y madurez, es de una importancia e interés excepcional. El tema tal como se halla planteado estaba inédito. La primera parte se subdivide en cinco apartados. En el primero estudia brevemente el toro en las religiones antiguas en la Península Ibérica. Constituye él el obligado punto de partida. Quizás sean estas páginas demasiado breves. Hay que recordar que el libro no está retocado ni ampliado. Me consta por conversaciones tenidas con Alvarez de Miranda que él conocía perfectamente todo el numeroso material arqueológico de la España antigua referente al toro y que lo valoraba en su justo sentido. Aquí hay algunas pequeñas inexactitudes debidas a que el autor no refundió ni corrigió el original, y a que los arqueólogos no habían estudiado detenidamente el material, cuando la tesis se redactó. Así el toro de Osuna (pág. 25) es una puerta y su finalidad es distinta de las otras esculturas en piedra de toros. Hoy día no se puede dudar de unas relaciones extraordinariamente estrechas de la Península Ibérica con el Egeo a partir del neolítico, como han probado los recientes estudios de Arribas y de Blanco. En Numancia hay indicios ciertos de la relación del toro con el mundo uránico. El segundo capítulo está consagrado al estudio y teorías del toro en Hispania desde el punto de vista arqueológico, histórico y etnológico y su relación con los orígenes de las fiestas de toros. El tercer capítulo estudia el toro en la mitología española, centrándolo en cuatro leyendas, que aunque conocidas nadie hasta ahora las había valorado, lo mismo se puede decir de los ritos referentes a la magia del toro. El libro es, pues, de una extraordinaria novedad en cada una de sus páginas. El último capítulo de esta primera parte trata de los elementos rituales del toro nuncial. Este capítulo es de gran interés para los aficionados del toreo, y descubre la finura de análisis del autor.

En la segunda parte Alvarez de Miranda analiza los ritos y juegos del toro en Egipto, Asia Menor, el Mediterráneo prehelénico y las corridas de Creta, temas todos ya tratados por otros investigadores sobre los que las sugerencias del autor arrojan gran luz y plantean los problemas desde otros ángulos de vista. El libro que reseñamos es una magnífica aportación al estudio de los ritos y juegos del toro, de gran originalidad y con él el conocimiento de las corridas españolas ha dado un paso gigantesco.

J. M. BLÁZQUEZ